



*..... Este mundo lo construimos las mujeres*

del libro

**SEMBRANDO VIDA**

*JOVENES A CONTRAPELO DEL CONFLICTO EN COLOMBIA*

DE ADRIANA HERRERA

"Hablemos del trabajo, del amor sobre todo  
donde la telaraña y el alacrán no habitan".

*Miguel Hernández*

Luz Elena nunca habría deseado vivir una vida distinta, aunque habite en una casa austera, desnuda de objetos de adorno, después de veinte años de trabajar por y con los niños que en los llanos o en la costa son víctimas de la violencia intrafamiliar o política, o viven en condiciones de una miseria que a veces no sólo toca lo material, sino los vínculos de afecto. Es tejedora de vida, sabe urdir el aprendizaje, formar paz, despertar visiones. Y tiene la dureza necesaria para enfrentar las condiciones críticas de un país desarticulado por la guerra, para "frentear" el miedo, hacerse cargo de cuatro hijas de una mujer —su hermana de espíritu— que murió en medio de ésta, y seguir abriendo sedes para acoger desplazados, para llevar el juego a los territorios que se disputan la guerrilla y los paramilitares, para preparar a los niños y las niñas a escribir con sus vidas una paz, a la que ella ha dedicado la suya, con la certidumbre interior de quien sabe que no tiene más alternativa que ser fiel a su propia alma.

Decir que ella es una maestra de vida en un país donde el miedo se escribe en las pizarras, en las mesas, en las calles y las plazas, no es una suposición: lo dicen los niños a quienes ella les devolvió el amor por el aprendizaje, las niñas a las que les enseñó el significado de ser mujeres, los jóvenes a los que llevó y llevará una esperanza que —tal como lo vislumbró Gonzalo Arango— tiene que ser "salvaje" entre nosotros, porque sólo las almas inamansables pueden sostenerla.

### **Un encuentro con el destino**

Era una vez un niño que se negaba a hacer la "o". No le gustaba. Había sido posible que aprendiera cada una de las otras letras, pero ante ésa era rotundo el "No". No quería y lloraba. La profesora intentó tomar su mano y guiar el trazo del círculo y él la retiraba. Lo dejaba descansar y luego, al otro día, se ingeniaba otra táctica: lo sentaba en sus rodillas y le hablaba de todas las palabras que se escribían con la "o" —mientras todo el salón esperaba— para que le pareciera bonito hacer esa letra. No servía. De pronto, en el techo de zinc del salón vio un orificio por donde un rayo del sol se colaba proyectando un pequeño círculo de luz sobre el suelo. Tomó una tiza y en silencio se lo mostró, bordeó la figura y el niño miró hacia arriba y hacia abajo y sonrió. Entonces le entregó la tiza y lo dejó sentado en el piso. Al rato, vio la primera "o" que sus manos pintaron. Desde ese día, cada vez que en algún lugar de Benposta el sol proyectaba una figura, el niño la llamaba y se la señalaba. Aprendió a escribir incluso más rápido que sus compañeros. Esa profesora era Luz Elena. Apenas sobrepasaba los veinte años, y ya enseñaba con la paciencia que impone la ternura, bajo la urgencia de saberse responsable de la fundación de un mundo, en un terreno lejano de su tierra, en un lugar enmarañado donde había avispas y serpientes y una casa semiderruida, pero donde todo ocurría por primera vez.

Había llegado a principios de 1982, comandando un grupo de niñas a crear la sede de Benposta en las cercanías de Villavicencio. La historia de ese viaje —que definió el curso entero de su vida— se remontaba a un año atrás, por esas vías del azar que para algunos es otro nombre de Dios... Ocurrió una tarde, cuando estaba en una oficina comentando que iba a adelantar una investigación como tesis para su carrera de Comunicación Social con énfasis en el área educativa. El tema era sobre los procesos formativos en los grupos.

Alguien que la oía se interesó en la conversación y le habló de la existencia de Benposta: “un sitio donde trabajan con niños”. Ella tenía una noción vaga de ese proyecto y le pareció interesante la idea de conocerlo.

Al otro día madrugó a la sede de Benposta en Bogotá, pasó la tarde entera hablando con los niños y decidió que allí iba a centrar su estudio. Aunque su director de tesis no consideró adecuada la propuesta, Luz Elena se sintió “tocada” por el lugar. Entonces ya sabía reconocer su voz interior y no dudó en que de todas maneras debía acudir de nuevo. No sabía que estaba cumpliendo una cita con su destino de maestra y formadora, ni imaginaba cuán larga iba a ser, pero le dijo a la compañera de investigación: “Creo que igual podemos hacer algo por los pelados”, y la entusiasmó con la idea de realizar por su cuenta un trabajo con ellos. Juntas hicieron una propuesta para crear un periódico con los niños y alrededor de éste organizaron toda una serie de actividades.

Durante esas dos visitas semanales que hizo a lo largo de seis meses, se fue involucrando más allá de lo planeado. Los muchachos también se metieron de lleno en la redacción de los artículos y era como si, a medida que ella iba descubriendo que “eran geniales”, y acrecentando su interés por la propuesta pedagógica de Benposta, paralelamente ellos vieran cómo surgía una parte de su ser que hasta entonces desconocían. En eso es una maga. Tal vez no pueda precisar exactamente qué parte de sí es la que logra despertar algo dormido en el alma de los niños, pero entonces lo hizo, y luego, lo ha repetido una y otra vez, a lo largo de toda su vida.

Se incorporó con pasión a la obra que allá se cumplía con los niños. La marcó profundamente el encuentro con Esneda, una mujer que cumplía el humilde oficio de cocinera en Benposta, y que más allá de su sencilla labor tenía un papel clave por su afectividad con cada pequeño y por la claridad de su compromiso humano y social. En un par de meses Luz Elena se vio elegida como secretaria de Benposta, aunque de cierta manera ella creía que era prematuro. Que no se equivocaron en lo que entonces fue una elección casi fortuita, pues la persona nombrada nunca llegó, fue algo que constataron de un modo casi inmediato; por su parte, ella siempre tuvo claro que su camino allá, —sin importar esos reductos de poder que se forman en todas las organizaciones humanas— sería siempre un camino con corazón, un recorrido hecho desde lo más claro de sí misma.

Entonces a Benposta le propusieron asumir la responsabilidad de una nueva sede en Villavicencio, en el mismo terreno donde había funcionado “Nuestra Casa”, una especie de correccional para niños que se había vuelto tan inmanejable que la habían cerrado. Era una oportunidad de comenzar a crear el territorio de un sueño... Luz Elena se fue con Lucho, un profesor, y con Josué, el encargado de los niños, seguida de un grupo de niñas que llegaban a un mundo desconocido tomadas de su mano. Advirtió que no se quedaría más de un año, a lo sumo dos.

Empezó su tarea con la libertad y la sed de explorar de los comienzos. Las clases de ciencia eran en el monte. Las de gramática transcurrían bajo un árbol. El cielo por encima de la cabeza, y la tierra donde se sentaban, formaban una pizarra más amplia que la del salón de clase. Sobre el suelo de la cancha de voleibol los pequeños se ocupaban en hacer mesetas, volcanes y llanuras, para aprender geografía, y en los descansos se entretenían pintando piedras. Los fines de semana armaban paseos en los que ellos disfrutaban locamente y ella también, pero con la medida necesaria para estar atenta a que no fueran a hacerse daño en toda esa correría que incluía las trochas, los caños, y los ríos de la tierra que descubrían.

Desde el principio Luz Elena comenzó a llevar un diario donde registraba los aprendizajes cotidianos, la tarea de inventariar la creación de una propuesta para ese grupo de niños y niñas a los que seguía, con infinita atención, en cada progreso o dificultad, atenta a animarlos, a descubrir cómo llevarlos de la mano hacia el amor al conocimiento, hacia el asombro por cuanto los rodeaba, hacia el cuidado de cada otro y de sí mismos.

Era la única mujer adulta de la sede, la que hacía del amor un cuidado traducido en cada hora del día, la que estaba con las niñas en las noches. De todo cuanto ha vivido después recordaría siempre esa experiencia como la más intensa de su vida: "Nunca he logrado niveles de convivencia como los que tuve allí con las niñas y los niños más pequeños". Una convivencia que incluyó incluso a los animales: había una gallina que no aceptaba dormir en otro lugar que en la cama de ella.

Desde el instante en que había pisado el terreno enmontado y la casa derruida que iba a dar lugar a la sede de Benposta, estuvo, estaba y estaría destinada a dar y dar, a traducir el amor en esa delicadeza que obliga a cuidar sin tregua de lo que se ama. Algunas veces "cuidar" ha sido un sinónimo de protección física como esa ocasión en que estando en "La hora del cuento" los pequeños vieron una sombra y en un segundo, ahí al frente de Benposta, un grupo de hombres acribilló a otro y los disparos volaron hacia la sede, mientras los niños observaban petrificados desde la biblioteca. Otros, que estaban en el patio jugando pelota, se encontraban prácticamente en medio del tiroteo. Con toda la velocidad de sus piernas, Luz Elena llegó hasta donde ellos y les dijo: "Corran detrás de mí", y en cuestión de minutos los llevó hacia el guayabero. Cuando vio allá a los 150 niños de la sede reunidos y sin un rasguño, exclamó: "Esto es un milagro". Quedó sin voz de tanto gritar llamándolos. Una pequeña tuvo tiempo de coger consigo unas botellas y cuando Luz la vio abrazada a ellas, la niña le explicó que eran para defenderse, porque pensaba que había empezado la guerra. Esa noche ninguna durmió en su camarote, se acostaron debajo de las camas. Un niño que se había metido en la alberca era el más asustado porque en la pared de cemento se había incrustado un tiro...

*En alguna ocasión, cerca de Benposta el Ejército hizo pruebas de bombas y los vidrios se reventaron, los pelados se pusieron nerviosos. Sentían la guerra pisándoles los talones. Una vez estaban las niñas conmigo en la biblioteca,*

*donde teníamos unos almohadones, leyendo cuentos, y me acuerdo que Tania, una de las más pequeñas, estaba medio adormilada, y en un momento estalló una vaina de esas y ella se paró y gritó:—¡Ay! Hijueputa me mataron...—. Yo sabía que tocaba cuidar a los muchachos porque ésta era una zona muy violenta.*

Pero el cuidado cubría otros dominios. Así, esas ocasiones servían para una reflexión sobre cómo debían actuar en un momento de peligro inesperado, sobre la importancia de unirse casi por instinto. Entonces hablaban de cómo había vivido cada uno la experiencia. Cualquier hecho era una página abierta para aprender algo nuevo, y también una oportunidad para conocerse entre todos y apreciar sus dones y observar sus fragilidades. A lo largo de cada hora, había un modo de asegurar el afecto y nombrar, por aquello en lo que se destacaba, a cada niño o niña.

A veces Luz Elena se iba a acampar con las niñas. Se quedaban una o dos noches y cuando oscurecía se contaban las historias de sus vidas, lo que más les había dolido y lo que más las había llenado de alegría, o cómo eran sus mundos familiares y a partir de ese ejercicio se iban reconciliando con su pasado, iban aprendiendo a verse y a reconocer lo que eran o deseaban llegar a ser. A todas les enseñó a amar su ser de mujeres y talló dentro de ellas una fuerte imagen de lo femenino ligada a la valentía de defender la integridad de la vida para cada ser humano.

En las noches, a veces se le atragantaba la angustia de no planear lo suficiente, como si no se diera cuenta de que estaba inventándose cada día una vida para todos; la ocupaba la necesidad de encontrar puentes para llegar a tocar el corazón de los niños más difíciles y de ser lo suficientemente sabia para orientarlos. Los organizó por colores de acuerdo con sus avances en cada materia, para recordar que los ritmos de aprendizaje eran distintos. El tiempo era siempre un elemento difícil y a menudo sentía que la sobrepasaba, que se oponía a su deseo de abarcar infinitas tareas. Debía leer a Piaget, escribir una cartilla, desmenuzar una metodología extraída de los aprendizajes de cada día, inventar cuentos para enseñar, repasar sus fallas para superarlas, preguntarse si estaba cumpliendo plenamente con el trabajo de animación, seguir guías de clase, armar campeonatos, jugar baloncesto, planear excursiones y paseos, analizar noticias con ellos, escuchar, siempre escuchar, y, en el fondo, ser una madre de un tamaño gigantesco con cien pares de brazos y un pecho capaz de abrigar a docenas de niños, dispuesta a amar a cada uno de esa forma única que sólo es posible cuando se aprende a leer en cada alma su escritura más íntima, para que cada quien llegue a ser justamente lo que es...

Al desafío de la invención de un modelo pedagógico, se sumó el de asumir las condiciones críticas del contexto político de la región. La sede comenzó a abrirse a los niños que provenían de las zonas de conflicto y se convirtió en un refugio de los que, por distintas razones, eran víctimas de la guerra. Hubo una

época en que los pobladores de la vereda<sup>1</sup> de La Esperanza enviaban a sus hijos para que la guerrilla no los cogiera cuando llegaban a los 13 o 14 años. En algún momento se concentró un número altísimo de muchachos de la región y por ese entonces ya Luz Elena entendía la razón por la cual los mandaban. Decidió hacer una relación directa con la vereda, y un diciembre se fue para allá con un grupo de quince jóvenes de Benposta.

Se quedó una semana conviviendo con la gente de la Esperanza y yendo a las fincas de donde venían los muchachos. Vio la situación que vivían las familias, presionadas por los grupos paramilitares que los tildaban de ser guerrilleros. *Fueron siete días tenaces, con una tensión que se agudizaba en las noches —que era cuando los grupos armados incursionaban—. Tuvimos que tomar una cantidad de medidas estrictísimas para podernos quedar ahí. Empezaron a averiguar qué personas éramos. En medio de la situación nos integramos con un grupo de niños, y organizamos la Navidad de la vereda. Entre todos hicimos los pesebres.*

Fue un modo de afirmar la necesidad de celebrar lo que tenían en común, de acercarse para hacerlo, aun en medio de la desconfianza que pone en duda las alianzas, y que no entiende la solidaridad como un acto ajeno a la influencia de las ideologías. La noche de ese diciembre en que hombres y mujeres, niños, niñas y ancianos se olvidaron del acoso de la guerra para rezar juntos como si recordaran la infancia de la tierra fue uno de esos acontecimientos que Luz Elena propició entonces y que ha creado innumerables veces, casi a ciegas, como guiada por un instinto que le permite el rescate de lo más simple y esencial: de lo humano que está más allá de cualquier rótulo político, y se llama presencia, se llama estar ahí, en el lugar y el tiempo exacto, para compartir el presente pleno con los otros y las otras, en una ligazón que nos hace olvidar lo que nos separa. Algo así fue lo que hizo esa Navidad en La Esperanza, que para algunos niños de la vereda fue tan especial que les despertó el deseo de vivir en la comunidad que ella dirigía.

*La verdad es que esa estadía en la vereda fue una experiencia muy bonita, muy sabrosa y todo, pero ahí me di cuenta de la realidad de la que ellos venían. Eran muchachos que tenían una marca especial, y algunos de sus padres eran militantes de la U.P. Luego empezamos a crear como un apoyo de voluntarios para esa zona, porque esos jóvenes vivían ahí entre dos fuegos, mientras sus padres eran perseguidos.<sup>2</sup> Muchos se metieron a la guerrilla. Niños. A Benposta llegaban sobre todo de lugares de conflicto, de zonas rojas como Vista Hermosa, Piñalito, o del Ariari. Los mandaban porque tenían miedo. En algunos casos, los padres estaban vinculados a esa lucha,<sup>3</sup> pero no querían que sus hijos se metieran en eso mismo. El trabajo no sólo era de protección, sino de mostrarles otro horizonte, pues no faltaban los adolescentes que “querían estar era como en acción”. La constante era que muchos llegaban a la sede porque*

---

<sup>1</sup> Agrupación de pobladores en las afueras de los municipios.

<sup>2</sup> La historia de Rosa refleja parte de esta situación en el relato de su infancia.

<sup>3</sup> Una vinculación que no necesariamente implicaba la lucha armada, sino la militancia política.

*alejarlos de su casa era la única alternativa que sus padres tenían para evitar que la guerrilla se los llevara. Benposta representaba "un lugar de salvación".*

*En los últimos años que yo estuve allí mataron mucha gente de la U.P., y algunos eran familiares de los niños nuestros. Yo participé en las marchas de protesta, y a veces iba con los muchachos parientes o amigos que querían ir, pero era algo que hacía a título personal. Recuerdo que un Día Internacional de la Mujer se hizo un acto en el parque abierto y yo estaba en el grupo de invitados porque María Mercedes<sup>4</sup> me había invitado. Me senté al lado del tío de una niña que estaba en Benposta, y que venía de Vista Hermosa, una de las zonas más conflictivas. Estuvimos hablando todo el rato, porque varias veces antes había visitado la sede e incluso quería asesorarnos para que la Alcaldía nos reconociera la propiedad del terreno, pues hasta entonces no nos lo habían escriturado. Él nos estaba ayudando porque era concejal. En algún momento de la conversación me dijo: "¿Si ves esos dos tipos que están parados mirando para acá?". Yo le respondí que sí, que eran como raros. "Sí, andan por ahí cerca hace días", me dijo como nervioso, pero yo no entendí bien a qué se refería.*

*Al día siguiente lo mataron en la calle y la sensación que tuve fue algo tenaz. Es que a esa niña ya le habían asesinado los papás, después tenía un tutor y también lo habían matado, y ahora, acababan con el tío que era responsable de ella... Era una cadena de solo muerte. Además, yo no olvidaba que al dejarla en Benposta, la tía que la llevó me dijo:*

*—No, jeso es lo peor del mundo!. Usted viera, esa niña es un diablo. Yo de ella no me hago cargo.— Y yo la acepté, esperando lo peor. Resultó ser una ternura de niña. Llegó a parecerse mucho a mí, porque me imitaba en todo. Era alta y acuerpada como yo y la gente decía que era copia mía. Y cuando yo salí para Montería, me decían que aquí quedaba ella. Dio mucho de sí.*

La opción de acoger a los niños y las niñas de la guerra, desembocó en situaciones que hicieron sentir a Luz Elena el deseo de huir y dejar todo atrás. A la presión de su familia, que no entendía que hubiera ido "a enterrarse en una institución de gaminés", donde les parecía que se estaba desvalorizando como profesional, se sumó un obstáculo más difícil de sortear: en alguna época acusaron a la comunidad de ser formadora de guerrilleros, por la sensibilidad y el compromiso social que hacen parte de los principios de Benposta, porque allá se acogía a los niños que venían de las zonas "rojas".

Desvirtuar este tipo de imagen fue un trabajo largo y un inconveniente que retrasó el fortalecimiento de las relaciones con otras entidades. Cuando la gestión para la aprobación de la escuela de Benposta se había adelantado y ya contaban con una licencia legal, una persona, bajo la cual estaba su jurisdicción, se dispuso a torpedear su funcionamiento y a atacarla con ese tipo de acusaciones. La ocasión era el momento en que la Secretaría de Educación hiciera la supervisión.

---

<sup>4</sup> Una líder de la Unión Patriótica. Su relación con ella se explica más adelante.

Por fortuna en esa época el secretario de Educación del departamento del Meta, era “una de esa gente que uno encuentra en la vida, que es capaz de creer, de un modo abierto y sin prejuicio en la bondad y en el alcance de un programa y de defenderlo”. Se tomó el trabajo de conocer de cerca la sede y no sólo autorizó la continuidad de su funcionamiento, sino que —convencido del carisma de Luz Elena— le propuso que se hiciera cargo de coordinar un programa educativo en la Sierra de la Macarena. Le insistió en que aquí manejaba apenas unas decenas de niños y allá estaría a cargo de centenares y que también en esa zona se necesitaba ese tipo de ayuda. Ella lo pensó, lo pensó y lo “repensó”, y al final se quedó en Benposta, porque su compromiso ya estaba aquí.

Si ella resistió fue por la armadura del amor con que la cubrían los seres que la rodeaban: las niñas y los niños, el grupo de mujeres al que por esa época se fue acercando, María Mercedes, una líder que se convirtió en su hermana de alma, y Roberto, un profesor que llegó a Benposta a enseñar y a quien la unió —desde entonces y hasta ahora— la convicción de un horizonte de visión compartido.

El día en que al fin Luz Elena salió de Villavicencio, después de un ciclo de siete años, repasó cada uno de los recuerdos del tiempo que dejaba atrás. La memoria de todo cuanto había logrado en la comunidad se convertiría para ella en una fuente de fortaleza para seguir adelante en cada lugar a donde llegara. En el sueño largamente abrigado de fundar otra sede de Benposta en las fronteras de Córdoba, la acompañaría también el sentimiento de la hermandad de las mujeres que en ese tiempo había comenzado a tejer.

### **La hermandad de las mujeres**

Cuando Luz Elena empezó a recibir las niñas en Villavicencio se propuso buscar pequeñas “que de verdad necesitaran el proyecto”; en su recorrido por aquellos barrios donde las condiciones de supervivencia eran más duras, alguien le habló de Las Américas, y le indicó que allá vivía una líder, una mujer que era muy solidaria y que seguramente sabía casos de niñas urgidas de recurrir a la protección de Benposta. Así conoció a María Mercedes.

Ella signó su vida. A través suyo descubrió el significado de la alegría esgrimida como arma en medio de la oscuridad del miedo, vio la dimensión de un compromiso político vivido de cara a la muerte y llegó a hacerse madre de cuatro hijas que no eran suyas. Ellas fueron, en sentido estricto, las primeras desplazadas que llegaron a Benposta.

En ese tiempo María Mercedes estaba embarazada, ya cercana a los días de dar a luz. La gente le sugirió que hablara con ella. Luz Elena recuerda que la recibió con esa sonrisa que nunca —ni en la antesala de la muerte— se desdibujó de su rostro. “Era dueña de una alegría que casi avasallaba. Tenía una sonrisa para todo mundo, una palabra cariñosa. Yo nunca la vi de mal genio.” Después del encuentro, ella le prometió mandarle las niñas que estuvieran en las

situaciones más difíciles. Fue así como llegó a la sede, Olga<sup>5</sup>, una pequeña que después iba a hacer parte del grupo de las muchachas que se irían con ella a Montería. Luego, en la región del Ariari, María Mercedes extendió la noticia de la existencia de Benposta entre las familias que vivían condiciones críticas y éstas comenzaron a enviar sus hijos allá.

Por ese entonces María Mercedes trabajaba como auditora en la Alcaldía de El Castillo. En medio de la vinculación de las niñas, se fue acercando a Luz Elena y juntas crearon una amistad de almas construida sobre esa suerte de apuesta por la vida que cada una vivía, de un modo distinto, pero con el mismo coraje e integridad. Hicieron un trío de mujeres: eran ellas dos y María Inés, la madre de un periodista que después moriría asesinado.

*Cuando yo conocí a María Mercedes ella era una mujer de paz, partidaria del desarme, y la guerrilla la fregaba por eso y los paramilitares la perseguían porque pertenecía a la izquierda. Había sido religiosa y dejó la vocación porque se enamoró. Luego se fue a Yopal a trabajar como maestra, y ella y su compañero entraron a la Unión Patriótica. Se hicieron líderes políticos.*

El día en que la conoció no se le ocurrió pensar que se asemejaban. Fue después cuando se dio cuenta. Aunque María Mercedes era del Huila y Luz Elena de Córdoba, dos regiones con una idiosincrasia completamente distinta, llegaron a tener tanta empatía que les decían que se parecían mucho físicamente: *éramos idénticas en la altura y en el corte. Yo iba caminando y a veces me decían "alcaldesa"; ella vivía siempre como nerviosa temiendo que a mí me hicieran algo, pensando que era ella... De la segunda de sus niñas todo el mundo dice que es hija mía. Se parece muchísimo a mí.*

*María Mercedes tenía 39 años y era muy consciente de que estaba en peligro. Vivía amenazada, en una permanente situación de inseguridad. Una noche estábamos en Villavicencio en una cafetería tomando tinto. De pronto, pasó una camioneta por el frente y ella se puso muy nerviosa y me dijo: "Esos que van ahí, me están buscando para matarme". Todavía no era alcaldesa. Fue una etapa en la que ya no vivía con el padre de las niñas y económicamente estaba muy mal; no tenía forma de sostenerse. Entonces comenzó a dejarlas por períodos en Benposta y cuando podía volvía y se las llevaba. Ella venía de noche a ver las niñas, a las carreras, y cada vez que se iba, quedaban vueltas nada.*

*Recuerdo que yo le dije que dejara toda la actividad política, pero ella era una mujer de mucho carisma y la gente la quería. Una vez estábamos en una reunión con ella y María Inés, cuando llegó una comitiva de El Castillo en un bus a pedirle que se lanzara para alcaldesa de allá. No pudo negarse. Era la segunda vez que asumía el cargo porque antes había habido un alcalde de la U.P. y a ella la nombraron en reemplazo suyo. Fue en ese período de gobierno cuando la gente le cobró aprecio y apenas vinieron las elecciones le pidieron*

---

<sup>5</sup> Su historia de vida aparece en el libro bajo el título: "Aquí se celebra una manera de vivir".

*que se postulara. María Mercedes vivía un dilema entre el compromiso con la gente y su papel de madre de cuatro niñas que entonces tenían tres, cinco, seis y siete años.*

*Las dejó de forma permanente en Benposta cuando la nombraron en la Alcaldía de El Castillo. Ya no era por la falta de medios, sino por el temor de que les pasara algo, si intentaban matarla. De cierta manera, yo acepté cuidar a las niñas para que ella pudiera cumplir su compromiso social. Claro que tuvo momentos muy críticos, pues vivía angustiada por el tiempo que les robaba a ellas...*

*Yo no estaba afiliada al grupo de mujeres de la U.P. que ella dirigía, pero era solidaria con los niños de esas mujeres que fueron las primeras desplazadas cuando en los Llanos se desató el exterminio masivo contra esa corriente política de izquierda.*

Luz Elena se comprometió en un tácito pacto de afecto, de solidaridad con ellas, con su condición de viudas, porque la mayoría lo eran, y recibió los hijos e hijas de las madres que no podían sostenerlos. Ya antes, en una época en la que visitó la sede de Benposta en Managua, había trabajado con un grupo de madres de muchachos que cayeron en la revolución. De ellas recordaba que eran mujeres de mediana edad, muy fuertes, y que leían los poemas de Gioconda Belli.

Esta parte de sí misma era una tejedura fuerte de su propia alma que la comprometía con el ser de las mujeres, con los dolores y las luchas que cumplían en medio de la guerra, especialmente cuando estaban solas, cuando enfrentaban el cuidado de los hijos y sustentaban el mundo entre ellas aprendiendo nuevas maneras de supervivencia. Así vivió la experiencia de crear un "Día del Afecto" entre las madres y reunirse para escuchar mutuamente los caminos recorridos y darse soporte entre sí.

En todo caso, Luz Elena le hizo prometer a María Mercedes que al día siguiente después de entregar el cargo, iría por las niñas. Fue por esa época en que la idea de crear una comunidad en Montería se volvió una determinación inaplazable, una afirmación que cumplió en medio de una rabia sorda contra la muerte que cundía en su propia tierra. Se trajo consigo a las dos niñas mayores. Llevarlas fue parte de un compromiso personal, independiente del que tenía con Benposta. Las dos hijas pequeñas se quedaron un tiempo en la casa de unos amigos de María Mercedes, donde estaban protegidas de las amenazas que se multiplicaban.

Cuando Luz Elena se casó —en una ceremonia a la que asistió toda la comunidad de Benposta, Villavicencio— se fue a visitarla a El Castillo con Roberto, su esposo, que tenía mucho miedo de ir. Les aterraba lo desprevenida que ella era: la vieron dormir con la puerta abierta y andar por el pueblo muy tranquila, diciendo que era el último sitio donde a ella le harían algo. Se reía del guardaespaldas que le habían asignado, que era un policía. Tenía el chaleco

antibalas mohoseado y colgado ahí, en la pared, y cuando le preguntaban por qué no lo usaba, decía que igual le apuntarían a la cabeza. Cercada por la muerte, todavía era capaz de escribir poemas al amor y cumplir con sus rituales del río Ariari. Estaba enamorada de él. Una vez Luz Elena la vio meterse hasta la rodilla en sus aguas y la oyó cantarle. Lo reverenciaba con el respeto que inspiran las cosas fuertes y sagradas.

Su período de gobierno finalizó dos años después, un primero de julio. Seis meses atrás había reunido con ella a las cuatro niñas, y luego viajó para dejar a las dos grandes con Luz Elena. Llegó vestida de blanco, tan entusiasta como siempre. El 3 de julio, antes de que pudiera cumplir su promesa de regresar definitivamente por ellas, una ráfaga de ametralladora le destrozó el pecho. "María Mercedes no le tenía miedo a la muerte y había preparado a las niñas por si eso llegaba a ocurrir, aunque le angustiaba dejarlas solas. Les decía que la podían matar y que si eso pasaba nunca se fueran a desprender de mí". Luz Elena le advertía que no se le ocurriera hacer eso de morirse y dejarla a cargo de ellas...

El día de su asesinato, Luz Elena tenía tres meses de embarazo y esa noche estaba reunida en familia con las dos niñas de ella. Veían las noticias. La llamaron a decirle que había habido un atentado y que parecía que ella estaba muerta. No lo creyó. No se imaginaba tanta vitalidad segada. De alguna manera, aunque conocía el peligro en que vivía, sentía que había algo en ella invulnerable, quizá "porque amaba tanto la vida", y no le parecía fácil detener esa inmensa fuerza de la que ella se nutría y emanaba. Cuando confirmaron su muerte sintió un vacío y una extraña serenidad. Llamó a las niñas que ya tenían once y nueve años y les dijo que la mamá había tenido un accidente. "Mi mamita, mi mamita", empezaron a gritar. Las llevó a Villavicencio para que el papá les dijera que su madre estaba muerta. Ella no se sintió capaz y Roberto tampoco había podido decirles nada porque se le atragantaban las lágrimas cuando iba a hablarles.

En el entierro estaban los cinco ataúdes de las personas que asesinaron con ella para acallar su voz. Había 14 niños huérfanos llorando. Luz Elena comenzó a luchar entre la decisión de verla o no verla. "Me arrepentí después de mirarla, porque yo tenía la imagen de ella, de su risa y ahora parecía otra, una mujer vieja, muy vieja". Después del entierro, el padre de las niñas quiso que se quedaran con él, pero ellas se resistían. Aunque también era un líder de la U.P., presidente de la Asamblea del Meta, después de la muerte de su compañera, decía que ya les habían matado a la mamá y que era imposible que siguieran con él... No aceptó el ofrecimiento que le hicieron de que saliera del país con las niñas. Ellas sí temían que le pasara algo y se dispusieron al fin a irse a vivir con él, pero una de ellas quería esperar al día en que naciera el bebé de Luz Elena. No podía irse sin conocerlo... La fecha de la partida nunca llegó, pues a él lo asesinaron cuando el primer hijo de Luz Elena cumplía cinco días de nacido. Otra vez se repitió la misma escena del teléfono, sólo que ahora, ellas ya no querían ir al entierro. Les daba miedo y decían: "Ya mataron a mi mamita y a mi papito y ahora van a venir por nosotras".

*Mucho después, un día estábamos viendo televisión y mostraron que habían cogido a "Rasguño". Una de las niñas dijo: "Ese fue el que mató a mi mamita"; nosotros hemos trabajado mucho para que no tengan odio ni resentimiento. Me acuerdo que una vez le dije a la mayor: "Yo no sé cuál de ustedes es la que va a sacar la fuerza de María Mercedes", y me contestó: "¿Para qué quiere que yo saque eso, ¿para que me maten? Porque a ella la mataron por ser así como era. Yo no me quiero morir joven". Durante un tiempo, las niñas recibieron el apoyo de AVRE, una entidad que trabaja en la recuperación de las víctimas de la violencia. La presencia del bebé de Luz Elena y luego de la niña que tuvo fue vital para ellas, así como el hecho de estar juntas, y el soporte que les ha dado Roberto: "Mi hija tiene tres años y se adoran. A mí ellas me dicen Luz, y a él, papi".*

En algún momento, el excesivo celo de ella por el compromiso comunitario fue difícil para Roberto, su compañero de vida, no obstante que él compartió la experiencia de Villavicencio, estuvo al frente de los muchachos que se fueron a la Guajira y seguramente, se enamoró de Luz Elena por su capacidad de luchar como una impecable guerrera por otro horizonte para las niñas y los niños de un país desangrado por el miedo, la violencia y la pobreza. "Tú sólo piensas en Benposta", llegó a decirle y ella: "Yo nunca te mentí sobre eso". De todas formas, sólo un hombre con un horizonte espiritual amplio habría podido acoger en su mundo familiar a cuatro mujercitas, hijas de la mejor amiga de su compañera. Y en él, a veces ellas encuentran la comprensión que a Luz Elena —acostumbrada a una fortaleza interior sin tregua y a exigirse a sí misma sin concesiones— no siempre le resulta fácil.

Cuando quedaron huérfanas, algunos parientes pensaron repartirlas entre los miembros de la familia, pero el día en que les preguntaron en el juzgado con quién querían vivir, todas dijeron que con Luz Elena. Era el deseo de María Mercedes: que permanecieran con ella y unidas. Hoy, el único cuadro que hay en la sala de la casa de Luz Elena y Roberto, su hijo y sus cinco hijas, es una foto de María Mercedes y José Rodrigo...

Linda Carol, Hada Luz, Jenny Paola y Tania Marinela guardan celosamente un cuaderno escolar escrito en letra apretada, un legajo de poemas, y un puñado de cartas. El cuaderno es para ellas la memoria de una historia que de pequeñas nunca les contaron y que sólo a través de las letras silenciosas pueden recuperar: el relato del amor y de la vida que construyeron su padre y su madre, escrito por él. Este hombre, que fue maestro de obra y a lo largo de los años se formó como autodidacta, llegó a pintar el convento donde María Mercedes vivía con hábitos de religiosa y se enamoró de su alegría, de su fuerza interior, sin que en esos meses encontrara otra lengua distinta para decirlo que las notas de la guitarra que ella le enseñaba a tocar, y él repetía, con una felicidad que se parecía a la música, pero que obedecía al inaudible sonido de otra embriaguez.

Así, se fue del convento sin hablarle de amor hasta cuando en la distancia la ausencia se volvió algo tan intenso y creciente para ambos, que lo confesaron en cartas y decidieron irse juntos a un pueblo lejano de los Llanos, donde primero ella comenzó a trabajar como maestra y juntos se comprometieron hasta tal punto con las gentes de sus pueblos que se hicieron hombre y mujer compañeros en la lucha contra la injusticia y por ella sacrificaron todo como dirigentes de la U.P. Quisieron transitar al fin un sendero sin sangre y terminaron bañados en ella...

Del instante en que ella juró sobre el río Ariari que daría su vida para la paz, tienen las niñas el recuerdo, escrito por su madre, de su puño y letra —expandida, generosa como ella—: un poema que leen una y otra vez, para no olvidar que vienen de un alma grande y que ni la hora en que asistieron a su entierro con otros diez niños y niñas huérfanos; ni tampoco el día en que asesinaron a su padre, que cayó seis meses después rodeado de personas que no conocía; cambiarán su deseo de ese país más humano por el que ambos murieron.

“Ariari capricho y son/ Ariari rito de amor/ Cuando coqueto y ufano/ Te alejas inexorable/ Me sumerjo en tu misterio/ Y pienso que es muy probable/ Que en tu raudal recorrer/ Se alejen ya misteriosos males./ Que la mano que accionó/ La granada y el gatillo/ Sólo quiera en adelante/ Ser portadora de vida/ Que por fin la mano amiga/ Sea toda mano que viva./ Ariari capricho y son/ Ariari rito de amor”, dice una estrofa del poema que es el testamento de esta mujer...

Hay una carta, garrapateada a mano sobre una pequeña hoja, que él le escribió a ella cuando ya sus caminos se habían separado y que las cuatro niñas leen con un dolor que se mezcla con un sentimiento altivo. “Te amé de tantas maneras”, dice, y en una sola cuartilla escribe la vida entera que los unió: la del encuentro imposible, la del que obcecadamente hicieron posible, la de sus luchas por los otros, la de los días que contenía una casa habitada por cuatro pequeñas, la de una unión que estuvo más allá del mismo adiós de la muerte... Y cada vez que la leen, sencillamente comprenden que fueron hijas del amor.

Así, Luz Elena llegó a tener un hijo, Sergio Camilo, y cinco hijas mujeres —ellas cuatro y Ana Caribe, la suya— en su casa, y luego abrigaría en Córdoba más de mil niños, niñas y jóvenes: 500 en Tierra Alta, 450 en Montería, y 250 en otra de las sedes de la ciudad, sin contar los que empiezan a reunirse y a formarse desde 1999 en otros puntos de su departamento. “Uno se apega a todos”, dice; ella, que se creía valiente cuando llegó a reunir y a ser la coordinadora de cincuenta niñas en Villavicencio...

### **En contacto con el origen**

De regreso a Montería, Luz Elena volvió a las tierras de su infancia para asentarse en ellas definitivamente. Trasladó el frente de batalla de sus sueños obedeciendo un llamado de la sangre —la conexión que se siente con el lugar donde se nace—, y del espíritu, porque la determinación sin reverso posible de irse allá a fundar una sede, la tomó el día en que supo que habían asesinado en

su pueblo a un hombre que luchaba con todo el ser por sus habitantes, aunque venía de otra tierra. Al regresar repasó su propia vida y entendió por qué el plazo de dos años que se había dado para estar en Benposta, se le había extendido a siete; pero entonces ya no le habría importado saber que pasaría otros diez en Montería, fundando un mundo de esperanza para los niños de la región, aunque sólo al cabo de esa década podría crear la sede de Tierra Alta, pues que para ese momento ya estaría dispuesta a durar la vida entera extendiendo su sueño. Entonces, paradójicamente, tendría ya la tranquilidad de saber, que con ella o sin ella, continuaría creciendo lo creado.

*Mi abuelo se llamaba Antonio María Negrete. Recuerdo que él decía que yo era distinta del resto de sus nietas, porque cuando llegaba a la finca me iba a descubrir toda la tierra, montando a caballo, corriendo de aquí para allá. Mis tías me criticaban siempre por eso, me regañaban porque parecía un macho, y él me defendía, decía que no, que él sabía que de todos, yo era la que iba a llegar más lejos.*

*Y eso era como una contradicción porque él era un patriarca y no permitía que las niñas llegáramos a la finca de pantalón corto, y cuando él se iba a trabajar al monte nosotras nos los poníamos y apenas veíamos que volvía corríamos a cambiarnos y nos vestíamos con los largos. Conmigo era muy especial, me aceptaba como era y le gustaba contarme cuentos de su vida, de su juventud, de cómo había venido al Alto Sinú, cuando llegó a poblarlo como colono aventurándose desde las tierras del Bajo Sinú, donde había nacido.*

*Él llegó sin nada, pero fue un hombre que trabajó durísimo, y en cierta medida solo, porque tuvo seis hijas, y entonces no tenía un hijo varón que lo apoyara. Luego le nació un niño, pero mucho después, y como era con otra señora ella era quien lo tenía. De sus hijas, mi mamá fue la que más lo secundó en las tareas del campo. Él trabajó y trabajó y trabajó duramente; me hablaba de la abundancia que había antes en estas tierras. Decía que al principio salía al monte y ¡pum! traía pescado, traía un pato para su familia, traía otros animales y montones de frutas, y que cada vez llegaba con lo que se necesitaba para comer. Por eso pensaba que el mundo iba mal porque ahora había escasez, mientras en su tiempo nadie padecía por hambre en el campo. Me echaba muchísimos cuentos de esos de antes, del diablo, del zorro, y yo pasaba horas escuchándolo. Siempre lo hice. La noche anterior a su muerte yo estuve con él en la clínica y tal vez presintiendo que se iba a morir pasó como dos horas contándome el último cuento, contándome y contándome.*

*Todo me lo explicaba en dichos; así hablaba. Me decía, por ejemplo: "Hombre no deja mujer, la mujer es la que deja al hombre", para hablarme de la relación de pareja, o: "Vaca parida no come lejos, está cerca de la cría", y era su modo de darme una enseñanza sobre la maternidad y el afecto por los hijos. Él alcanzó a conocer a los dos míos.*

*Esa noche se reía mucho, me decía: "Fijate, vino una enfermera bien joven a atenderme y yo empecé a cortearla, a echarle cuentos y ella me paró bolas".*

*Tenía 93 años y había vivido cada segundo de su vida. De él aprendí el sentido de lo social porque yo veía lo que él había hecho: logró tener mucha tierra, mucha plata, cierto, porque la trabajó de sol a sol y él me contaba lo que luchó y como tenía que irse así, de una finca a otra, a veces con el agua a las rodillas, otras aguardando a que bajara cuando se desbordaba el río. Él tuvo una dolencia en las piernas y al final no podía caminar. Me decía que le había dado por todas las veces en que estaba acalorado y debía pasar charcos y quebradas, para ir abriendo trocha. Así que se había ganado lo que tenía, pero por encima de todo era un hombre muy justo con sus trabajadores. Tanto que aun siendo un terrateniente, con mucha tierra y dinero, una presa para la guerrilla, nunca se atrevieron a hacerle nada.*

*Hasta cuando yo tenía diez años en Tierra Alta nosotros vivíamos bajo el dominio de la guerrilla y sus hombres eran los que mandaban en mi pueblo, los que imponían todo y siempre estábamos con el temor de que se metieran con mi abuelo. Pero nunca le mandaron una boleta, ni lo amenazaron, ni lo asediaron porque los trabajadores lo querían. Él los trataba bien, los cuidaba, hacía obras en las veredas y en los sitios que quedaban cerca de la finca, mandó construir la escuela y pagaba la profesora. Tenía un cultivo grandísimo de plátano y la producción que quedaba después de las ventas se la entregaba a la gente. Yo me acuerdo de cuando las mujeres y los hombres iban a recoger los racimos y él los repartía. Ésa era su imagen para mí.*

*Lo veo, con su inmensa estatura, y su cabello blanco, completamente blanco, cuando los domingos bajaba al pueblo, y llegaba a cada una de las casas de sus seis hijas y de otra gente a dejar una panela, de las que hacía en el trapiche de la finca. Para mí, lo más alegre era salir el fin de semana y saber que iba a estar con él. Me iba detrás suyo cuando tenía que ir a mirar una vaca, o a hacer cualquier trabajo, y él siempre hablaba y era incansable, era bla, bla, bla. Un mes antes de que él muriera, uno de mis hermanos dijo: “Vamos a organizar un regreso”, porque él ya le había repartido todo a las hijas, y lo llevamos de paseo a las tierras que habían sido suyas y él iba, reconociendo y recordando. Se bajaba, miraba, y estaba feliz. Luego lo llevamos a la finca de mi mamá y allá le colgamos un chinchorro, él se acostó ahí y comenzó a contar cuentos. “Oye, Luz”, me decía, y luego empezaba: “En mi tierra...”*

*Yo heredé de él la justicia porque lo vi actuando con los demás, vi como era de equitativo. En el pueblo había un señor que antes trabajaba con mi abuelo y luego llegó a tener mucho dinero, pero maltrataba a la gente. La guerrilla lo perseguía, le mandaban decir que lo querían coger, “para pelarlo como a un marrano”, así le decían. Bueno, era un tipo muy injusto. Mi abuelo me contaba que un día se lo encontró en la Caja Agraria y le dijo: —Ah!, Gilberto, ya he escuchado como eres tú con tus trabajadores, ¿No te acuerdas como te traté yo, cuando trabajabas conmigo? ¿Tú no sabes cómo se trata a la gente? Acuérdate que de lo que uno siembra, de eso mismo recoge...*

*De mi madre también aprendí la justicia y el servicio. Por la época en que nos vinimos a vivir a una casa en un lugar muy alejado del centro del pueblo,*

*estábamos rodeados de mucha gente con carencias y enfermedades, y sin importar que fuera de noche, o de madrugada, golpeaban a la puerta: —Doña Lucy, ¡ayúdeme que por las lombrices el niño me está convulsionando!—. Entonces mi mamá se levantaba, cogía un remedio y lo asistía. Y cuando alguien iba a pedirle comida ella no tenía reparo en dar su aporte. Para toda la gente de por ahí cerca, ella era como una líder, y le consultaban cosas. Acudían a mi mamá no sólo cuando tenían necesidades, sino a pedirle consejo en los problemas. Yo vivía esa experiencia cada día.*

*La lección más importante que en ese sentido recibí de ella tuvo lugar más tarde, cuando ya vivía en Bogotá. Ella supo que mi papá —que siempre fue muy correcto y dedicado— había tenido un hijo por fuera de matrimonio con una campesina y que el niño estaba en malas condiciones. Entonces me pidió que la acompañara para traerlo a la casa porque era hermano nuestro. Me acuerdo que, de pequeño, cuando ella se salía en la mañana para la finca, él se sentaba frente a una ventana mirando la calle por donde ella se iba y ahí comía, ahí se quedaba quietecito hasta que ella volvía. Ella lo amó de verdad, lo registró y bautizó como hijo suyo. Después, como ya todos salimos de la casa, él se volvió también la adoración de mi papá.*

### **La promesa**

*Yo tenía ya la idea de fundar una Benposta aquí en Córdoba; cada vez que venía de vacaciones me daba cuenta de la situación tan dura que se vivía en Tierra Alta y cuando regresaba y planteaba la propuesta me decían que todavía tenía mucho que hacer en Villavicencio. A mí me daba miedo que pasara demasiado tiempo, que más tarde ya no hubiera nada que hacer.*

*Entre uno y otro viaje supe del padre Sergio Restrepo Jaramillo, que había venido de Antioquia, y estaba haciendo mucho de lo que yo habría soñado hacer. Oía de sus obras y mi mamá me hablaba incansablemente de él, tanto que en una de esas visitas fui a conocerlo. Me bastó hablar una vez con él para saber qué clase de hombre y de sacerdote era. En esa ocasión, le mostré un video de Benposta y le conté que quería abrir una sede en Córdoba, venir a ayudar porque yo era de aquí.*

*—Listo, vente, yo te apoyo; vamos hacer algo por la niñez de este pueblo que sufre mucho. Con la parroquia y conmigo puedes contar para lo que sea. ¿cierto?, me dijo con su tono paisa.*

*Después yo escuchaba lo que él hacía, su entrega incondicional. Él fue siempre muy especial con los coteros, que son los que levantan bultos en los almacenes, y descargan los camiones en la plaza de mercado. Los organizó y ellos todavía recuerdan un hecho sencillo, simple, de su vida: que un día salió y se encontró con un coterero que estaba descalzo y se había cortado el pie y le preguntó que por qué estaba así; entonces el coterero le dijo que era por andar sin zapatos y él, que tenía unas botas de esas finas de cuero, se las quitó, y le dijo: “Midaselas a ver si le sirven” y el chico se las puso y le quedaron bien. Entonces fue hasta el almacén más cercano así descalzo y se compró unos*

*zapatos. También estaba con los Emberá-Katíos, con la gente que de verdad lo necesitaba. Él se iba con ellos, arriba, al Alto Sinú y se perdía días, para convivir con su comunidad. Entonces a él le decían que se reunía era con la guerrilla y que inventaba la historia de que acompañaba a los indígenas.*

*La cuestión es que en la iglesia hay un mural que han cambiado varias veces. Cuando el Padre llegó acababan de matar a Betancur, otro sacerdote que se había retirado y que tenía un discurso revolucionario. En todo caso, cuando él mandó a hacer el mural, en una parte quedó pintada la imagen de unos soldados apaleando al padre Betancur. Por eso lo acusaron de andar con la guerrilla, de hablar más de la cuenta —su predicación era muy aterrizada en la realidad del pueblo— y lo sentenciaron.*

*Entonces se juntaron muchas cosas y le pasó lo que a Jesús: él tenía una cantidad de gente detrás de él, al lado de él y con él. Arrastraba. Y yo digo que lo mataron, pero que en este pueblo, él está vivo porque cada año, e incluso hoy, diez años después de su muerte, se conmemora esa fecha. Cuando él cumplió tres años de muerto hubo una procesión con todas las personas que tenían un familiar asesinado, que habían perdido un hijo o un hermano en la violencia, y acudieron, con una vela en la mano y vestidos de blanco, de morado, de negro. Todas, de luto, iban marchando con las velas encendidas. Fue un momento de esos que no se pueden contar, que no se comprenden si no se han vivido. Cuando mi mamá habla de él enseguida se pone a llorar, y empieza a recordar su sencillez, su amor por los niños y la gente. Él tenía cincuenta y un años.*

“A Sergio lo asesinaron el primero de junio del 89. La noticia me causó una profunda depresión —anotaba Luz Elena en su diario—. Entonces explotó en mí el proyecto de Benposta en Córdoba y viajé a mi pueblo, como era mi costumbre, a mitad de año, y allí viví toda la tristeza y desaliento que produjo su muerte en la gente. Regresé después de haber prometido ante la cruz que habría una Benposta allí”.

La llevé, pero entonces no a Tierra Alta, donde las condiciones no lo permitieron, sino a Montería, tomando de la mano a seis jovencitas, que habían crecido en Benposta, Villavicencio, y que, no obstante su edad, tenían la suficiente formación comunitaria para empezar a dar lo que habían recibido. La selección no fue fácil: “Todas quieren ir —escribía Luz Elena en su diario, pensando en el grupo de cincuenta niñas a su cargo—. Las llevaría conmigo, pero Villavo también es una realidad que hay que enfrentar”.

“Ahora la situación se ha extremado —registraba—. Viajo con mucha esperanza a mi tierra, pero vuelvo con el sabor amargo de todos los signos que encontramos: una mujer con siete hijos a la que le habían matado el marido en ese mismo sitio donde estábamos parados, y aquella indiecita de tres meses, muerta por la bronquitis que ataca a los niños de la región, tan quieta en una cajita, bellísima en su muerte”.

Así, el año de 1989, un grupo de muchachitas de 14 a 16 años y una mujer que bordea los treinta viajan a Montería. “Estoy decidida —escribía— a llevar una respuesta de vida a mi propia gente. Es bueno saber que uno retorna después de tantos años para hacer algo por la tierra donde ha nacido y estar dispuesta a hacerlo por amor”. El viaje, que Rosa, Olga,<sup>6</sup> Graciela, Sofía, Eliana, Magnolia, y más tarde Luisa, vivieron con el entusiasmo de su ingenua adolescencia, fue bonito y tranquilo, no obstante las largas horas de manejo. Llegaron un sábado en la mañana y salieron para Tierra Alta. Siguieron el cauce del río Sinú, se adentraron en terrenos donde el aire es menos húmedo, el suelo más oscuro, y parece que el verde se encrespara. Allá por primera vez, hicieron un acto que repetirían innumerables veces de ahora en adelante: jugaron y compartieron alegría con los pequeños del pueblo.

Varios meses después, en Cantaclaro, harían una casita de palma para jugar con los niños del barrio. Los poquísimos objetos —camas, mesa, estufa, utensilios de cocina, máquina de coser y escribir, cámara de fotografía y proyector— a los que cada una les sumaría su ropa, serían símbolo de un diseño preciso e indoblegable, y eso sería todo cuanto tendrían en las manos para crear una sede que fuera un centro de proyección comunitaria donde se harían talleres artesanales, escuela de música, grupos formativos, colegio, mientras buscaban un “Cristo práctico”, a partir del compromiso con los débiles y de una vida sin comodidad en un lugar donde el barro era como una alianza entre la continua lluvia y la tierra enmontada.

Las niñas decían que en Montería Luz Elena se había vuelto más exigente, menos flexible y ella recuerda la presión que sentía por las mismas condiciones de la región, por la responsabilidad de tener a su cargo a cada una y saber que sus familias se las habían confiado. De cualquier manera, no obstante sus protestas y esa resistencia ante el cambio que había tenido, como si pensara que repentinamente ellas se habían vuelto mayores, “las niñas se metieron mucho en todo el proceso, asumieron ese nuevo plan de vida, y supieron ser así, de una sola piedra”, dice Luz Elena. La exigencia fue bella. Abarcaba la elaboración de los diarios, el ejercicio de comer en silencio o de entrar a la capilla cada vez que terminaban un trabajo de juego o aprendizaje con los pequeños y los jóvenes.

Se levantaban a las cinco y treinta, 45 minutos después de hacer ejercicio se duchaban, dedicaban una hora a la limpieza, media a una reflexión evangélica, dos horas más al estudio, y otra a la formación benposteña. De nuevo, antes del almuerzo, había un espacio de lectura bíblica y después de éste, dos horas de trabajo en actividades artísticas. A partir de las tres se iban a buscar a los niños y jóvenes de los alrededores, y al anochecer se reunían en una capilla a compartir la vivencia que acababan de tener, antes de ir a misa, uno tras otro día...

---

<sup>6</sup> La historia de Olga y la de Rosa y su visión sobre la fundación de Benposta en Villavicencio y Montería se recogen también en este libro.

Para todas fue un cambio de vida. Ya no era limitarse a la experiencia de vivir en comunidad, de seguir una rutina establecida, sino de inventar una manera de proyectarse en el entorno en el cual se encontraban. A veces, toda la atención se volcaba en los barrios y las veredas, y llegaban al punto en que se tensionaban entre ellas mismas, y en algunas épocas, las dificultades de la convivencia interna les tomaban la ventaja. Luz Elena no estaba de acuerdo con que el cura Silva las comprometiera en la Gran Aventura porque era una exigencia muy fuerte para unas adolescentes, pero lo aceptó porque “el que manda, manda”; él insistía en que podían hacer el proceso y la verdad, para el grupo fue un tiempo fuerte, pero a la vez, el más valioso de su vida. El argumento del cura era contundente: “Una nueva comunidad debe nacer de una comunidad de aventureros”. Al fin hicieron todo un plan de vida serio, para inaugurar una época inolvidable en la que entrarían dentro de sí mismas en medio de un ambiente de oración y de incansable trabajo por los demás.

Ya medio instaladas en Montería comenzaron a recorrer los barrios del sector “viendo necesidad por necesidad en los niños”. Ella tenía la sensación de descubrirlos “llorando su infancia en Córdoba”. Eso minimizaba cualquier incomodidad que por su parte experimentarían. Así, no tenían asientos en la casa, pero en el patio encontraron la solución: unas tablas y unos bloques de cemento allí tirados. En una tarde ya tenían en qué sentarse... Los pequeños de alrededor, tras la experiencia del juego, comenzaron a venir “solos y alegres” a buscarlas. Iniciaron su trabajo en el barrio del Minuto de Dios.

*Al principio vivíamos en una urbanización de El Minuto de Dios. Aunque la gente tenía ciertos medios, empezamos a ver que había una agresividad terrible entre todos, y que la de los niños era el resultado de la pésima relación que había entre los adultos. Comenzamos a hacer un trabajo con los pequeños y sus familias y la verdad nos apegamos muchísimo a esa comunidad. Queríamos conseguir una sede grande y llegamos a sentarnos en una mesa a trabajar esa posibilidad, pero al fin no logramos concretar nada allá porque no obtuvimos el apoyo del obispo en esa época.*

Noventa días después de la tarde en que iniciaron su trabajo en el barrio, en una Procesión de Ramos bajo el sol abrazador, la iglesia estaba repleta. A la salida, después de un partido con los jóvenes del Minuto, oyeron las vivas de los niños animándolas: “Benposta, Benposta”, gritaban y esa barra les colmaba el corazón. En el ocaso, todo un enjambre de ellos las siguieron a su casa. “Tal vez a los vecinos no les gustaba —anotaba entonces Luz Elena— porque estaban descalzos y no olían bien”.

Comenzaron a despertar a los niños a otras intensidades, más allá del juego: les propusieron organizar grupitos, elegir delegados, asumir tareas y compromisos. A Cindy, que tenía seis años y sonreía con los ojos, la llamaron “la pequeña soñadora”. “¿Cómo sonríen los niños de mi tierra y son alegres —se preguntaba Luz Elena— si sufren tanto?” Mirando las condiciones de Cantaclaro, el barrio a donde se trasladaron definitivamente unos meses después, se sentiría abrumada porque era de una marginalidad extrema, frente

a la cual resultaba difícil entender por qué a un territorio en donde la niñez vive sumida en una pendiente de urgencias extremas, se le llamaba “La Isla de la Fantasía”. La consolaría el hecho de tener la absoluta certidumbre de que contaba con todo el amor del mundo para hacer algo.

*Después nos vinimos a este lado del río, en Cantaclaro y cuando disminuyó la cercanía fue difícil seguir yendo al barrio de El Minuto porque las peladas tenían que irse a pie. Los niños de ese barrio hacían lo mismo y se la pasaban en la sede. Al fin nos dedicamos sólo a Cantaclaro durante un tiempo, pero la gente no dejaba de pedirnos que volviéramos. Las muchachas decían que era injusto lo que le habíamos hecho a los niños de El Minuto. Decidimos rescatar ese trabajo y todavía —cuenta hoy— seguimos yendo periódicamente aunque no tenemos un sitio fijo allá. Hay grupitos a los que atendemos en su parte formativa, lúdica y afectiva.*

En la tarea con ellos la animaba la idea de seguir “bordando un poco del tapiz” que el padre Sergio había empezado... Sentía que su vida, y aun su muerte, le habían impreso una fuerza a sus propios días que no la abandonaba. Tenía claro que lo suyo no era comunismo sino construcción del Reino de Dios. *Es que aquí en Córdoba, que es un departamento riquísimo, hay también hay una gran injusticia social, un contraste enorme entre la opulencia y la miseria. Pero no aceptar eso, cuando uno sabe que hay comida, que hay tierras, que hay tanto, no significa que uno admita la violencia. Es sólo cuestión de sensibilidad y eso no quiere decir que uno sea “izquierdoso”, ni nada, es simple y puro razonamiento y observación y ya.*

“Estos niños han calado muy hondo en nuestro corazón —anotaba— y nosotras sentimos las heridas y los dolores que hay en sus cuerpos y en sus historias. Sólo queremos cumplir con ellos nuestra misión como mujeres cristianas”. En pleno junio de 1990, un año después del asesinato del padre Sergio, les prometieron un terreno para construir una sede propia en Cantaclaro.

Si algo ha temido siempre esta mujer que no se arredra ante nada es que las obras que lidera sean canalizadas por intereses políticos y que cuando le otorgan una sede o un programa quieran comprometer la independencia de Benposta. De hecho, le ha tocado sortear la politiquería, la utilización de la gente, y la corrupción de los políticos. Al principio, en Cantaclaro, tuvo que enfrentar al “dueño” de ese sector. Le advirtieron: “Cualquier cosa que usted vaya a hacer aquí, tiene que contar con él”, y él, de una vez le dijo que si necesitaba una maquinaria —porque el terreno de la sede era disparejo— bastaba que se lo pidiera para que al día siguiente se la mandara, pero que, eso sí, debía comprometerle los votos de la gente. Entonces ella se limitó a explicarle que Benposta trabajaba de otra manera, que tenían una forma de financiar estos proyectos solicitando cooperación a las entidades. Esa respuesta bastó para que le declarara la guerra.

El político fue al INURBE<sup>7</sup>, a cuanto lugar pudo, para obstaculizar la concesión del terreno, la calumnió, la acusó de ser partidaria del M-19, de manejar una comunidad de reinsertados, de estar acuartelando los niños y jóvenes para llevárselos después y mandarlos a otro lado. Por fortuna, en esa entidad, hubo un “ángel de la guarda”, al que entonces Luz Elena no conocía, pero que, “a ojo cerrado”, se convirtió en un defensor de la causa de Benposta y cuando ese político le exigió que echara para atrás la decisión de entregarles el terreno, se limitó a decirle que ya se habían comprometido y que no podían privar a los niños de la zona de una obra que podía beneficiarlos.

Ahí no terminó la lucha. Los líderes que el político tenía a su servicio se agarraban de cualquier cosa para sabotear el crecimiento de la comunidad. Luz constataba que la gente del barrio era un grupo influenciado por intereses mezquinos. Escribía: “Quieren utilizar nuestra obra para cualquier beneficio político y nuestro único interés es trabajar con los niños y los jóvenes; les daremos bases para su formación como hombres del mañana y ellos decidirán lo que les conviene en un futuro”.

Esos politiqueros le decían a la gente que si matriculaban los niños allá, Benposta se los iban a robar. En una ocasión en que llegó la Policía a buscar a Luz Elena para que hicieran un trabajo conjunto, cuando la gente la vio entrar en la sede, empezaron a decir que seguro en Benposta habían encontrado cocaína y “armaron todo un cuento alrededor de eso”. En medio de esa campaña de desprestigio, ella pensaba con dolor en las necesidades de los pequeños. Iba de casa en casa a hablar con los habitantes y se daba cuenta de que tenían miedo, estaba prevenidos, y creían que detrás del servicio de Benposta se ocultaban malas intenciones.

La fuerza necesaria para proseguir se la dio su “fundamentación cristiana”, la convicción de que no tenía otro camino que permanecer “en lo que predicó Jesús: la justicia y la solidaridad. De otra manera uno no se puede mantener”. Lo más duro era cuando la misma gente por la cual trabajaba la atacaba. Entonces sólo podía recordar que su opción era y seguiría siendo la de los más pobres, los más aporreados, y sobre todo, de acuerdo con los principios de Benposta, la de los niños, las niñas, y los jóvenes. *Especialmente aquellos que viven en condiciones inhumanas, que han sido víctimas de la injusticia y de la violencia... Eso lo tenemos claro, pero no es algo excluyente, porque hay muchachos que no están aguantando hambre, ni se encuentran en peligro físico, pero sí en un abismo moral. Por ejemplo, cuando un chico no le halla sentido a la vida porque siente un vacío aunque tenga todo. Por eso Benposta no es una institución para niños pobres y desadaptados, es sencillamente una propuesta para niños, aunque claro, los que más llegan, son los que viven grandes carencias materiales.*

Como en Villavo, casi por instinto, el día en que le entregaron el terreno de la sede, Luz Elena se acercó a un árbol grande y fuerte que estaba plantado en

---

<sup>7</sup> Instituto Nacional de Vivienda de Interés social y Reforma Urbana.

medio del terreno. Allá era el centro del mundo para ella y aquí volvió a serlo. Lo amaba “por sus bancas de tierra donde enseñar”, porque la hacía sentir en un “jardín donde aprender en contacto con las raíces y las piedras”, como si fuera posible al fin que el cielo se trazara con lápices y voces de niños. Pero también estaban “las realidades pesadas como el peso de los frutos podridos”: esos muertos de la carretera a la Cuncia, allá en Villavo, la sospecha de los otros, aquí en Cantaclaro, la miseria implacable, y las huellas sangrientas de la guerra... En las noches, a solas, cuando las jóvenes del grupo refunfuñaban porque se había vuelto demasiado exigente, y no entendían la carga de una responsabilidad que a veces la sobrepasaba, ella se acordaba de las mujeres con sus historias. De ellas diría siempre que eran sencillas, alegres, no obstante el dolor, maestras de una esperanza a la que entonces se aferraba para no sucumbir.

Ahora estaba ella, a cargo de las dos hijas mayores de María Mercedes —que todavía no había dejado de reír en las tierras del Ariari—, y en la espera tranquila de Roberto, el hombre del que se había enamorado viéndolo dar de sí en su labor de profesor en Villavo y que recorría un camino paralelo al suyo: él se encontraba en la Guajira, con un grupo de muchachos, extendiendo el ideal de Benposta. Se comprometió a que no escribieran —en ese tiempo de formación de todos en la Gran Aventura— cartas que no fuera posible compartir con todos.

Sentía también sobre sus hombros el peso de la impotencia que se asomaba en los días, no obstante ese dar gracias por lo que cotidianamente Dios les ofrecía a manos llenas; no obstante su decisión de avanzar, a veces en medio de la oscuridad de la miseria o de la incompreensión de los otros. “No me siento bien —escribía entonces— regalándole curitas al hermano pequeño de Nubia para que no meta entre el barro su dedo infectado. ¿qué solución es si no tiene un par de zapatos? Esa carencia no me deja sonreír con facilidad”.

Una de las primeras cosas que hicieron ella y las jóvenes que la secundaban, fue comenzar a prestar el servicio de restaurante, mientras fortalecían la parte recreativa. Luego abrieron el preescolar para suplir una de las necesidades más urgentes. Al principio, como no tenían presupuesto, el apoyo que daban incluía tareas como acompañar a los pequeños al hospital cuando estaban enfermos, o fortalecer la organización de los muchachos, ese sentido de pertenencia a un grupo juvenil con ideales de trabajo y superación. El dinero que les giraban de Bogotá sólo les alcanzaba para sobrevivir. Por ese tiempo, la familia de Luz Elena se encargaba de llevarles productos de la finca: plátano, fruta, verdura... Después, a medida que los resultados del trabajo comunitario comenzaron a verse, se vincularon con Bienestar Familiar y comenzaron a recibir dinero para prestar el servicio de restaurante a los niños.

Con el primer grupo de jóvenes vinculados a la sede construyeron los locales, el restaurante y la cocina... El SENA<sup>8</sup> los capacitó para participar activamente en

---

<sup>8</sup> Servicio Nacional de Aprendizaje.

esa labor y les dio un certificado. Ver cómo se levantaba de la nada la planta física despertó entusiasmo, pero también recelo. No faltaron los comentarios de crítica, la gente que les decía a los niños y jóvenes que parecían bobos trabajando gratuitamente, sin comprender que esa sede era para la comunidad... Sin embargo, cada uno de ellos y ellas se encargó de refutar ese clima y hubo mamás y papás que se solidarizaron. "Fue una época —recuerda Luz Elena— muy bonita, en la que había mucha entrega y compromiso con la sede y los grupos se iban fortaleciendo. Todo iba tomando forma mientras adquiríamos experiencia".

No era fácil porque los muchachos no provenían, como el grupo de niñas fundadoras, de una comunidad de residentes y era necesario acelerar un proceso de adaptación a través de reuniones, de una metodología que se fue adecuando. *No sé si las muchachas habían aprendido de mí o habían heredado la facilidad de contar cuentos. Yo inventaba muchísimos en las reuniones allá en Villavo, tomando la misma vida que compartíamos y ahora ellas hacían cuentitos sobre cómo había nacido Benposta, por qué habían llegado ellas acá, y cuales eran las normas, las leyes de ciudadanía y el mensaje de la comunidad para transmitírselo a los niños. Yo nunca les dije que hicieran eso. Fue su idea y la hicieron muy bien. Eliana y Rosa eran muy buenas para eso, eran muy creativas, decían cosas que yo ni sabía. Me acuerdo que les contaba que la primera época de Benposta en Villavo fue del gobierno de la mujer porque las mantenedoras, la primera alcaldesa, y la coordinadora general lo éramos.*

Años después, la gente ya sabía que nadie se llevaría a sus niños y el tiempo en que algunos se perdieron del paseo que hicieron a Barranquilla cuando vino el circo de Benposta, no sólo quedó atrás, sino que se convirtió en un mal recuerdo: hasta hoy muchos padres y madres se arrepienten de no haber dejado ir a sus hijos e hijas porque la verdad, fue una oportunidad única. Después, el circo no ha vuelto a venir y, como ella dice, era "un espectáculo salido de serie, con un mensaje fuerte, algo impresionante".

Tuvo que pasar una década para que Luz Elena cumpliera en Tierra Alta la promesa que había hecho cuando supo que habían asesinado al padre Sergio: que en memoria suya "respondería a la muerte con la vida". Las condiciones de guerra desatada retrasaron la fundación allá en el pueblo y la retuvieron en la sede de Montería que fue cobrando cada vez más solidez. Pero al fin, en 1999 inauguró la sede, con su suelo de tierra y techo de paja, con un árbol en el jardín y arena para jugar bajo el sol, en un terreno donde los pequeños se abrigan del hambre, del miedo y la violencia. Celebraron una misa con Monseñor, y empezaron los actos culturales en el mismo salón de la biblioteca, donde ella le había mostrado años atrás al padre Sergio el video de Benposta. Estaba rodeada de toda la gente que la había conocido de niña, celebrando la ceremonia de apertura de la comunidad de Benposta en su pueblo, cuando anunció que la sede se llamaría "Sergio Restrepo Jaramillo".

*En Tierra Alta se llaman Sergio el parque, la emisora, y el museo; allá hay mucha vida de él en todo, porque todo lo llenó del carisma que él tenía. Este*

*año, en la fecha de su muerte, a las doce del día ése, hicimos una marcha fúnebre desde la iglesia. Fue impresionante. Sabíamos que los que estaban ahí en las cafeterías cerca al parque donde marchábamos eran paramilitares, y que en últimas, ellos fueron los que lo mataron, pero eso no nos detenía. Fuimos hasta la ceiba que él sembró y leímos la placa donde está escrito el poema que le hizo. Me regocijó que nos acompañaron los coteros, sobre todo porque ahí estaba el que cogió sus botas y su presencia mostraba que diez años no habían bastado para que se olvidara del Padre.*

*La idea de llamar así a la sede no fue sólo mía. Yo le conté al cura Silva la historia del padre desde el momento en que había acogido la idea de fundar una comunidad con los brazos abiertos y luego cuando le dije: "Fíjate que mataron al padre Sergio", él quiso también que Benposta le hiciera un homenaje allá, y estuvimos de acuerdo en que cuando abriéramos la sede se llamaría así.*

*El amaba las orquídeas y los árboles; sembró uno y otro y otro hasta que hizo el parque de tierra Alta. Le dieron su nombre y cuando después le pusieron el de un coronel que asesinaron llegando al pueblo, todo el mundo alegaba porque era una obra suya. En todo caso, fue tanto lo que lo quisieron que aunque su cuerpo se lo llevaron a Medellín, el corazón nos lo dejaron acá y está enterrado en la iglesia. Es una cosa impresionante, este año en la celebración se sentía que la fuerza de él estaba presente en los niños, en los jóvenes y que el tiempo no sólo no ha apagado su memoria, sino que la ha hecho más viva aún.*

*Aquí fue muy fuerte la organización de los sindicatos y el proceso de recuperación de la tierra. En el pueblo había un cantante vallenato<sup>9</sup> que está exiliado y no pudo volver acá. Es autor de una composición que se llama "Yo soy indio de los puros del Sinú". La letra explica por qué en este lugar la mayoría de los apellidos son indígenas: "Yo soy indio chato y solo y chiquitín a mi tierra llegó un día el español y de mi casa me sacó". Al padre Sergio lo sacó la violencia.*

Él era uno de los que animaba esa recuperación de la tierra, en estas zonas inmensamente ricas, llenas de ciénagas prodigiosas, de anchos ríos como el Sinú, de robles que se cubren completamente de rosa cuando florecen, y hay almendros, veraneras y guayacanes que riegan su semilla sobre la tierra en verano y tienden una colcha de amarillo intenso; donde el cielo está lleno de garzas blancas, halcones, azulejos, aves "sangre de toro", y mariposas amarillas, y en la tierra pastan los mejores ganados del país, y todo es fértil y abundante; pero donde también existe la más alta concentración de la propiedad de todo el país.

---

<sup>9</sup> El vallenato es una de las expresiones musicales más fuertes de la Costa Atlántica. Sus letras populares recogen toda una tradición oral que recrea la vida de la región.

En Tierra Alta hay días en que se cuentan cosas como que “a las seis mataron a un muchacho que llevaba mercados al aeropuerto, a las 12 a un señor finquero, y la gente vio por donde se fueron”, y aunque la acción de la violencia es tan constante que llega a anestesiar el sentido de la dignidad humana, todavía hay quienes la enfrentan y no cejan en el empeño de detenerla. *Hace poco —cuenta Luz Elena— la comunidad de Benposta estuvo presente en los actos que hicieron centenares de muchachos y de adultos desfilando con faroles a las seis de la tarde para protestar por la violencia. Los jóvenes no pararon de gritar ni un minuto. La misa por los asesinados la iban a hacer en la iglesia, pero ahí no había ni la mitad de la gente, y tocó hacerla en el parque.*

En junio del 91, un vendaval tumbó el árbol de la sede de Cantaclaro cuando Luz Elena estaba en Villavicencio y ella lloró. Ahora, cada vez que está frente a la ceiba que el padre Sergio sembró en su pueblo, vuelve a tocar esa conexión que intuye entre la tierra y el cielo y no cesa de acordarse de que a la muerte se responde con la vida. La letra del poema a la ceiba, está ahí, tallada en una placa de mármol gris, como una oscura premonición cumplida: “Fui a despedirme de las ceibas/ Moría yo;/ las ceibas no;/ Las planté/ Luché/ por defenderlas/ y al tenerme que ir/ quedan ahí/ al borde (de la vida)/ esperando en el parque/ una mano enemiga/ que las tumbe.”

Pero la ceiba ha resistido. El paso del tiempo la ha hecho fuerte y su savia se mantiene atenta a la luz, no obstante tanta sangre derramada inútilmente. Está ahí y permanecerá no tanto como un testamento del Padre Sergio — que regaba sus maticas con la delicada constancia del amor— sino como un testimonio vivo para los que saben escuchar en sus hojas el rumor de las voces de los que ya no hablan.

### **La escuela de Montería, 1999**

Un intrincado camino lleva a la sede de Benposta en el corazón de Cantaclaro: serpentea entre casas de bloque o de bahareque semipintadas con azules, verdes o rojos siempre difíciles de precisar por la inclemente pátina del calor, el uso y la pobreza; recibe la sombra de las sucesivas puertas abiertas donde una abuela, una madre cansada o un hombre desocupado se refrescan del calor que al interior produce el techo de zinc, y está marcado por las pisadas del enjambre de niños que pululan en los andenes y que juegan entre su tierra barrosa dando espacio, de tanto en tanto, a uno que otro desvencijado carro.

A las 10 de la mañana el sol sofoca, exhala una rojiza humedad que inunda el aire y se adhiere a la piel. Poco antes de cruzar las rejas de la Escuela algo cambia: un súbito retumbar de tambores parece ahuyentar el calor y se tiene la impresión de que ahora es posible sentir el viento. Adentro, un grupo de muchachos reunidos bajo un kiosco descubierto forma una sola masa hecha de ojos, manos y cuerpos que vibran al unísono con la percusión. En otras horas son aprendices, fabricantes de tambores de madera balsa y luego, miembros de

una banda de papayeras<sup>10</sup> dispuestos a presentarse no sólo en los alrededores del barrio, sino a subirse en las mismas tarimas de las famosas fiestas de San Jacinto.

El patio de la escuela es amplio y donde ahora hay salones, una sede administrativa, un taller de ornamentación en el que se fabrican rejas, otro de modistería para las mamás del barrio y uno más de carpintería, una pequeña biblioteca, un restaurante escolar, y un parquecito con juegos, nueve años atrás sólo existía una choza de paja con un letrero blanco que decía: "Benposta".

La sede, donde es posible cursar hasta quinto primaria, más que escuela es un espacio alternativo al que niños, niñas, y adolescentes acuden para iniciarse en otras actividades. Pueden entrar desde muy pequeños y recorrer las etapas de formación: Jardín, Semillero, Fuerza Joven, Prejuventud, Jóvenes, Mantenedores, y llegar un día a ser miembros de la Coordinación de lo que se plantea ante todo como un proyecto de vida; pero también, puede que en principio se acerquen a Benposta —como muchos lo hacen— atraídos por el resonar de los tambores o por la llamada de la danza que viaja en la sangre de las gentes de las regiones costeras del país y que se repite, como un eco esencial, generación tras generación, y es a menudo una insólita vía de liberación, porque aquí se exorcizan los lamentos y los goces al ritmo de la música entre el cuerpo.

Tal vez por eso una de las actividades más fuertes de Benposta en Montería es la danza. Bajo el mediodía de cualquier sábado, en un salón contiguo al kiosco de los tambores, el suelo de cemento parece brillar con el rítmico golpeteo de los pies descalzos de un grupo de niños y niñas menores de diez años que se mueven acompasados, solos, suspendiendo a veces el movimiento, entre risas, para recomenzar una vez más —siempre una vez más— la danza.

En el fondo del patio, los muros de adobe pintados de colores testimonian esa manera única en que aquí se convocan rostros para la danza; manos de niños para la percusión; hilos del alma para sujetar sueños, porque en Benposta hay una condición única que se pone a los muchachos y muchachas del barrio que atisban los instrumentos musicales desde afuera, sin decidirse a entrar: participar en estas clases exige también formarse como líderes, dar a cambio un espacio para la comunidad —quizá algunas mañanas compartiendo juegos con los niños desplazados que llegan a la ciudad— y recibir charlas sobre la manera de entrever el significado cotidiano de la paz, la participación, o de la transformación del barrio, con un único fin: que la vida en Cantaclaro vaya haciéndose más fácil para todos.

Ellos lo saben. Saben que dar un paso adentro no es lo mismo que pagar un curso de música y danza, como tal vez harían si tuvieran el dinero; sino estar

---

<sup>10</sup> Bandas de música folklórica en las cuales predominan los instrumentos de viento y percusión.

dispuestos a salir de sus pequeños mundos, de sus estrechas —y a veces profundas— tristezas, para encontrar de un modo distinto al "otro", que bien puede estar en los niños del barrio del frente —con quienes hubo muchas tensiones en un pasado—, en los compañeros y compañeras de clase, o en tantas otras personas de los alrededores. Cruzar la puerta de Benposta les implica decidirse a habitar de un modo nuevo las intrincadas calles de Cantaclaro y los rincones de este país que vive en su imaginario como un territorio difícil, complejo a fuerza de diferencias, con el rastro duro de la violencia que parece estar ahí desde siempre y cuya contraparte, más que el simple deseo de paz, es el valor de comprometerse a hacerla cada día de un modo concreto, entre lo cotidiano y lo próximo. Esa paz es cuestión de "lo posible" que se teje con lo mejor de sí y con la certeza de no estar solos en el intento.

Hay un hecho claro: Benposta trasciende las paredes de la escuela. Esa pedagogía del autogobierno que se cumple como un juego de la democracia, cuando en el interior de la sede se llevan a cabo las elecciones para alcalde y los postulantes hacen su campaña internamente, comenzó a extenderse, más allá de los muros desde hace un par de años: los muchachos hacen vallas y pasacalles y los ponen afuera, en el barrio. La gente de Cantaclaro se interesa y preguntar a quién van a nombrar. Usualmente, el día de la elección llega una romería de gente que quiere ver las elecciones. Lo interesante es que un buen día los padres de familia empezaron a exigir su derecho a votar. A partir de ese momento ellos se inscriben formalmente y la participación en los asuntos de Benposta incide en la convivencia del barrio. Cuando hay una Asamblea también participan —porque así lo quieren— las señoras que trabajan en el restaurante y que llegaron contratadas por un sueldo. Poco a poco, cada uno de los que están dentro o alrededor de la sede se han ido sintiendo dueños del proyecto de Benposta. Por esto ha sido posible que en este barrio de Montería —que tiene cerca de 36.000 habitantes— se esté consolidando un proyecto bastante grande que se nutre de la participación comunitaria.

En ese mismo sentido, hay otra labor no formal que se cumple y que revela la legitimidad que Benposta ha ido cobrando en Cantaclaro: el trabajo de conciliación. Esto comenzó un día cualquiera en que una señora llegó a buscar a Luz Elena porque tenía un problema con la vecina que botaba el agua sucia en todo el frente de la casa de ella, y seguía haciéndolo, no obstante todas las veces que le había rogado que cambiara su conducta. Esa primera mediación de conflicto satisfactoria dio paso a una posibilidad de cambio en la convivencia, que Luz Elena ha ido delegando en los niños, las niñas y los jóvenes de ambos sexos que están vinculados a Benposta y forman grupos de "Constructores de Paz".

Ellos se comprometen en la tarea de lograr que la gente conviva en paz, algo que no es fácil porque a menudo los enfrentamientos surgen por cualquier motivo. Lo curioso es que a veces, esos hijos de las familias en conflicto son constructores de paz comprometidos y sus actitudes ayudan a crear otras condiciones en las calles donde viven. De hecho, han ganado espacio con los

jóvenes, y en las mismas casas ven los resultados de esa capacitación que están recibiendo. Uno de los casos más interesantes es el de la madre de una niña líder que era reconocida por su agresividad, y a través de la influencia de su hija, ha dado un cambio tan sorprendente que hoy participa en la tarea de ayudar a resolver los problemas del vecindario.

A las seis de una tarde de octubre —después de haber mercado y repartido los alimentos por las distintas sedes del trabajo de Benposta en Montería— y de haber tenido otras reuniones, Luz Elena se encuentra con doce niños “constructores de paz”. Después de la oración de San Francisco se cuentan las experiencias que tuvieron en la semana, los hechos que pusieron a prueba su tarea de mediadores, o su capacidad de aligerar tensiones y cómo las vivieron...

*“El lunes —cuenta una niña— hubo una pelea con mis compañeras en el colegio. Yo al verlas las separé y les pedí que no pelearan así. Creo que me porté como una verdadera constructora de paz”. “La semana pasada —dice otra— estuvimos haciendo una experiencia en otra casa con Nelty. Nos dimos a conocer y estuvimos hablando de que la guerra también es ofender al otro con las palabras o las miradas”.*

Cuando a los chicos del grupo se les pregunta por qué decidieron hacer parte del grupo las respuestas se multiplican:

*—Me di cuenta que nosotros podíamos hacer algo por la paz dialogando con los adultos y he logrado expresar lo que pienso.*

*—Al principio me parecía que de todos modos no iba a servir, pero luego pensé: “No importa, yo quiero aportar un granito de arena”.*

*—Vine porque me di cuenta de que yo era grosera, responzona, y peleona... Quería cambiar.*

*—Al ver cómo está este mundo me gustó ingresar al grupo para no ver tantas peleas y aprender a hacerlos reaccionar (a los adultos) que para no hagan una guerra a cada rato.*

*—Yo estoy aquí para actuar primero para darles el ejemplo (a los adultos).*

*—Cuando vi que los otros niños se reunían y hacían cosas, a mí “se me lanzó” del corazón.*

### **Más raíces extendidas en Tierra Alta**

En este territorio inmensamente fértil, donde la tierra parece siempre grávida, derramando zumos como una antigua diosa de la abundancia, la sangre ha manado como si se hubiera reventado una arteria que no es posible cauterizar. Una herida abierta en la pujanza por el control de esta zona sin Estado que trajo primero la presencia guerrillera, luego la reacción de los paramilitares que la convirtieron en su fortín y, de nuevo, los avances de la guerrilla que se agita para recuperar su poderío, en un movimiento que hace estremecer la región en violentas arcadas que arrojan un imparable vómito de sangre, de hombres, mujeres y niños, miles de niños, desplazados, desparramados en los dominios de lo ajeno, condenados a una famélica peregrinación o al tedio miserable de los campamentos que se prolongan meses, mientras los bandos se pelean el territorio palmo a palmo.

Por eso, el día en que Luz Elena cumplió su promesa y anunció públicamente el nombre de la sede de Benposta en Tierra Alta comenzó para ella un tiempo nuevo, vertiginoso, como una incontenible corriente que le exige multiplicarse en los lugares de su departamento y llegar a donde más se necesita la presencia de un espacio de construcción. La vida le ha ayudado. No está sola —de otra manera no podría— para enfrentar esa tarea.

En Tierra Alta hay varios grupos juveniles, pero la situación para toda la juventud de la zona es crítica. *Los quieren para las filas tanto de unos como de otros: en estas regiones continuamente desaparecen jóvenes. Se los llevan —afirma Luz Elena— la guerrilla o los paramilitares para meterlos forzosamente en sus filas. Muchas otras veces los convencen de ir con la propuesta de que el primer mes no les pagan y después les dan un sueldo fijo de trescientos mil pesos, pero que si matan hartos enemigos les suben al doble.*

Luz Elena no olvida a los que llegaron a la sede de Villavicencio sin que pudieran "salvarlos de la guerra". *Hubo uno, Walter, al que le decíamos "Gallito Ramirez", porque cantaba y llevaba sombrero, iba diciendo coplas por todos lados, y a una sola hora del día, a las cinco de la tarde, lo escuchaba uno por allá cantando así. Era un muchacho muy llanero en su forma de ser y en su hablado. Después me contaron que había muerto, no supe si en la guerrilla —como algunos decían— o cogiendo coca. En todo caso, lo mataron.*

*Y hubo otros muchachos, huérfanos de padre y madre, que tenían dos hermanas aquí en Benposta. Ellos se metieron a las FARC<sup>11</sup> y murieron en una toma a El Castillo. María Mercedes, mi amiga, estaba de alcaldesa y le tocó capotear esa toma y hacer el levantamiento. Ella nunca tuvo claro si el Ejército los había matado en el enfrentamiento o si habían muerto porque transportaban explosivos y les estallaron. Allá habían quedado destrozados y todo indicaba que la última versión era la cierta. Ninguno era mayor de edad.*

En Córdoba tampoco es posible cerrar los ojos ante el desplazamiento de los grupos humanos, masas enteras, formadas sobre todo por jefas de hogar o mujeres viudas y sus hijos e hijas, frágiles ante la guerra, víctimas de ésta y enfrentadas a un cotidiano vivir que a menudo las sobrepasa. Fue mucho atrás, en Villavicencio, cuando Luz Elena oyó a las mujeres signadas por las huellas de la violencia "contando su cuento", la primera vez que pensó en la necesidad de abrir un espacio para llevar el juego y el calor a los niños y niñas desplazados, y ayudarlos a reconstruir una esperanza que sus madres no podían transmitirles, o por lo menos no antes de cumplir su propio proceso de recuperación...

En Tierra Alta, durante el último año se fortalecieron distintos puntos de trabajo. Allá mismo en el pueblo, en El Diamante, atienden a 22 familias desplazadas que perdieron todo porque la guerrilla les quemó el pueblo. Fue

---

<sup>11</sup> Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. El principal movimiento armado de la guerrilla en el país.

algo terrible para los habitantes. Un grupo de Benposta comenzó a trabajar con ellos no tanto en la cobertura de necesidades materiales, como en el apoyo afectivo, psicológico y social. *Este año quemaron el pueblo —cuenta una mujer—. No dejaron ni una tienda. Los de la guerrilla llegaron y arrasaron todo, aunque entre nosotros no había “nadien” malo. Eran las 11 de la mañana cuando me vine con mis seis niños y mi hermana, que no tiene los cinco sentidos. Cuando llegamos nos reunimos a la entrada del pueblo y la Cruz Roja nos cogió los datos. A veces me dan ganas de irme, pero ¿pa´ dónde? Por aquí a veces trabajo bateando, haciendo pilón y de Benposta vienen a reconocernos los médicos y a hacerle juegos con balones a los niños.*

Otra mujer se queja de que en la distribución de ropa a ella no la tuvieron en cuenta y Luz Elena explica que cuando ésta se realizó ella había rentado una pieza fuera del sitio de ubicación de los desplazados. Su experiencia es que en los barrios de invasión, o en los asentamientos que hacen los desplazados hay mucha solidaridad, pero también se desencadenan conflictos bien fuertes. Entonces, lo que ella hace es actuar a través de los niños y las niñas que se suman al grupo de constructores de paz. "Hicimos —dice ella— todo el proceso para declarar sus casas territorios de paz. Incluso hicimos una ceremonia donde las instituímos así y todo ese trabajo que hemos hecho con los pequeños ha ido cobrando un respeto entre sus familias y ha incidido en las relaciones de vecindario". No es un juego, es algo tan serio que su compromiso infantil transforma la vida de los adultos.

Adentro del pueblo hay una sede en donde funciona una escuela para los niños pequeños y los jóvenes se reúnen. Al llegar, lo primero que se ve es un grupo de muchachos que pilan maíz. Luz Elena entra al salón cuando ya el profesor ha terminado su clase. Los chicos las rodean y ella comienza a contarles que se fue de aquí cuando tenía diez años y que entonces era un pueblo grande, alegre, con más gente y casas habitadas que ahora, y que una vez cruzó el río que nace, allá arriba en el Nudo de Paramillo “paloteando” sola una canoa. Ana Caribe —su propia pequeña— la escucha sentada en sus rodillas.

Si cada uno de estos puntos de trabajo funciona, para ella es en gran parte porque las redes de afecto y de colaboración están vivas. *Hay gente comprometida —como Luisa, que está al frente de la sede recién abierta en las afueras de Tierra Alta y que apoyó todo el desarrollo de la escuela de Montería— con una gran sensibilidad, y con esa capacidad de entrega y sacrificio que no se consigue con ningún dinero del mundo, que sólo está presente cuando se sigue un ideal.*

A la familia de Luz Elena le gustaría que ella fuera menos a la sede de Tierra Alta, que no se viniera a determinadas horas, pero no por eso dejan de apoyarla, de ir a ver lo que les falta a los niños en la sede, de dejarles productos de la finca... Y hoy, su madre, que ya es una mujer anciana, de piel cetrina y mirada serena y suave, bajo la cual alienta la firmeza, se sienta en las tardes, en una mecedora en la puerta de la casa que aún está en el pueblo, acompañada del padre, y tal vez recuerda el tiempo en que nadie quería que

Luz se fuera a estudiar a Bogotá —mucho menos periodismo—, y ella, de una sola vez, zanjó la discusión: “Déjenla, que estudie y trabaje en lo que quiera”, por una sola razón: creía en la hija que tenía.

### **Aquí hay un “Nuevo Horizonte”**

*Todo el terreno donde se asientan los desplazados en este lugar de Montería tiene la mitad del tamaño de la sede de “Nuevo Horizonte” donde Benposta les presta apoyo...<sup>12</sup> La sede se abrió en 1999, pero desde el año anterior comenzamos una labor de acercamiento con actividades puntuales como la atención en salud para los niños. En ese “cuadrado” viven 150 familias, no hay calles, sino callejones y los ranchitos donde habitan no tienen ni siquiera espacio para el baño. Los habitantes se bañan con una ponchera dentro de las piezas y después botan el agua. Las “necesidades” las hacen en bolsas y las tiran al río.*

*Aunque llegamos aquí con un programa muy puntual, nosotros sí tenemos muy claro que ese cuento de llegar a hacer “cositas” con la gente y luego irse, no funciona; entonces sabemos que frente a las necesidades y carencias, el acompañamiento crea unas expectativas y la única manera de responderlas es quedarse. A mí todos los días me llamaban para decirme que en tal punto en Montería, que en el Cerro, que en tal otra parte, se va a iniciar un programa y que si sé de la situación tan terrible de la gente que estaba llegando para que fuera a apoyarla. Pero nosotros tenemos muy claro que no tiene sentido ir a ninguna parte para ir a ver la miseria, para ir a mirar las caras de la gente. Eso no se justifica. Vamos donde vamos a crear un punto de apoyo, una presencia permanente.*

*Esto, “aquí”, se llama Nuevo Horizonte —dice Nayibe, una de las encargadas de este servicio que Benposta presta conjuntamente con otras entidades—. Aquí atendemos a los niños de un barrio de invasión de gente desplazada; no es en realidad un barrio, es un parque que había ahí, y lo invadieron. Muchos vienen de los alrededores del Urabá, otros de los lados de Batatas, de esos lugares. Nosotros les damos algo de refuerzo y el comedor. Recibimos a los pequeñitos, entre los dos y los nueve años. Llegan antes del medio día y los sábados desde las nueve de la mañana. Se van en la tardecita.*

*Algunos se instalaron hace poco y otros ya llevan bastante tiempo, largos meses compartiendo el parque. Aquí descansan los niños del hacinamiento, se ponen contentos. Les gusta mucho venir porque viven en casitas muy pequeñas y el espacio es estrecho para tantos. La mayoría de sus padres están sin trabajo, algunos consiguen cosas esporádicas, por ejemplo sacando la arena del río, que es una labor dura. Aquí los niños recuperan la sensación de libertad y el sabor del juego, además de alimentarse...*

Las sedes no están asentadas sobre el terreno de la utopía, a no ser que se lo

---

<sup>12</sup> El apoyo comenzó cuando la Red de Solidaridad, que tiene un carácter estatal, encargó a Benposta de la ejecución de un programa de atención a los desplazados en este punto.

comprenda como una manera de enfrentar la realidad de las tierras de Córdoba buscando la manera de crear espacios de paz, de juego, de crecimiento, de acogida y protección; son lugares que de forma concreta, se “despejan” en medio de las encrucijadas del fuego y el miedo, en los sitios de hacinamiento de los desplazados.

Puerto Libertador, en el municipio de San Jorge, es otro brazo de Benposta. Queda a tres horas de Montería, pero atravesando pura trocha, metiéndose en el monte, en medio de un paisaje hermoso donde el clima es suave, pero la guerra es como un cerco silencioso que de repente se descarga, atronador, en los alrededores donde ocurren las matanzas. Así, en las calles del corregimiento de Juan José hace poco se enfrentaron abiertamente la guerrilla y los paramilitares que no sólo disputan el control político del territorio, sino el de la coca. La zona está en las inmediaciones del Parque Paramillo, una reserva de estremecedora belleza que además es un corredor natural que une a Córdoba con Antioquia. Allí se asienta el cuartel general de Carlos Castaño, el líder de los paramilitares. La gente dice que él no sólo tiene un cuartel general, sino muchos, pero que su presencia en este punto es simbólica porque constituye un desafío o una afrenta a la guerrilla ya que durante mucho tiempo allá se estableció un valuarte de ésta.

*Es uno de los municipios en donde se concentra una más alta población de desplazados, y en el que los niños viven condiciones de mucha necesidad. Entonces se conjuga lo que sueña uno: que todos los niños tengan la misma oportunidad, que cada día se alimenten no solo a nivel material, sino espiritual, con el deseo de alcanzar ideales con ellos. Por el momento es una base, un “semillero” en el que 17 jóvenes están trabajando por ellos y tienen un lugar arrendado, el apoyo de algunas entidades, y una promesa del alcalde de ubicar un sitio para prestar ese servicio alimentario y de formación a la infancia. Son pelados<sup>13</sup>, se han comprometido con la atención de los pequeños que requiere mucho trabajo, mucho esfuerzo. En este municipio algo así es nuevo, completamente raro porque es un lugar alejado, del que muchos de estos adolescentes no han salido en toda su vida. El juego, como siempre, es el punto de partida. Ahora, hay cerca de 230 niños y niñas que asisten a las reuniones.*

### **En el Centro Infantil Casa Del Niño, CICAN**

El centro comenzó cuando se abrió un lugar para los hijos de las mujeres desplazadas de Pueblo Bello, que se trasladaron al barrio Robinson Pitalúa. Luego comenzaron a llegar los de otras regiones.

Desde hace más de dos años, Benposta administra la sede del centro comunitario. En el barrio, las pandillas juveniles pululan y eso es mucho más que un asunto de niños: se están matando entre ellos. Hay épocas en las cuales se desatan guerras locales, a menudo relacionadas con el control de la

---

<sup>13</sup> Jóvenes muchachos.

venta de drogas, porque son “jibaritos<sup>14</sup>”, muchachos menores de edad quienes tienen el negocio; un asunto que se enlaza a la disputa por la territorialidad.

La génesis de esa situación se remonta al momento en que tumbaron el cerro vecino, donde se asentaban y demolieron las casas de la gente que vivía allá. Los pobladores se reubicaron en un terreno contiguo al barrio Las Colinas, separados de ellos por un canal de aguas. Esa frontera se volvió un filo por el cual se desliza, hacia uno y otro lado, una incontrolable violencia: la incursión de unos vendedores de droga en el territorio controlado por otros desató una lucha que involucró a las dos comunidades. Todos, hasta las señoras —las mismas mamás— estaban dispuestos a atacar a la gente del otro barrio y era tan álgida la tensión que de uno a otro lado se tiraban piedras, y a veces las discusiones se zanjaban a machetazos.

Los pequeños han crecido viendo grupos de jóvenes con machete en la mano, dispuestos a pelear, y a su manera, los imitan. En la sede una de las situaciones más difíciles es mediar la agresividad desbordante. Al principio, se mordían, se golpeaban entre ellos, como si, de un modo inconsciente, esa conducta fuera una forma de participar de lo común, de estar en lo mismo que los demás...

A los pequeños —que están allí, desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde— Martha, la coordinadora, se dedicó a enseñarles antes que nada a perdersé disculpas, a abrazarse, a cuidar unos de otros. Muchos, ni siquiera estaban acostumbrados a saludar... Ella sonríe cuando reconoce que sí, que los niños han respondido, incluso con mayor rapidez de lo que hubieran imaginado: “Allá hay unos que no quieren irse —cuando dice esto su expresión se vuelve abierta risa—; es increíble, los domingos le preguntan a las mamás si no los van a llevar al CICAN.”

Los lunes en la sede están dedicados a la percusión, y los viernes al deporte, sobre todo al microfútbol. Desde que Benposta tiene a su cargo la administración el cambio en el entorno se ha notado. Con los muchachos grandes que merodean la sede y a veces se enfrentan en sus inmediaciones, la coordinadora ha recurrido a otra táctica: “Ey, ¿quieren un balón o entrar al parque? Vengan más bien y juegan aquí”, les propuso un día en medio de una escaramuza. El grupo de los chicos —que estaba boleando piedra— aceptó la invitación y lo inesperado ocurrió: se entusiasmaron en el juego y se olvidaron de pelear.

Aun cuando la guerra entre los barrios no ha terminado, la sede se ha convertido en un territorio informal de paz. Al sitio lo respetan y acuden niños de uno y otro lado del caño como a un espacio neutral. A veces los pequeños se aterrorizan cuando afuera ven esas peleas con piedras y machetes. Hablan y dibujan lo que ven, las historias del señor al que le cogieron 120 puntos, los relatos de otras escaramuzas menores, pero no menos graves en sus efectos.

---

<sup>14</sup> Expendedores de droga.

No obstante que cruzar el umbral de la sede equivale a poner en paréntesis esa manera, cada tarde los niños y las niñas regresan a sus casa donde el medio no ayuda. Ya es algo, sin embargo, que en el centro manejado por Benposta hagan caso omiso sobre de qué lado son los que están, pues allá asisten habitantes de los dos barrios. Algo —nunca tanto como se desea— es lo que se ha hecho y lo que se ha aportado...

Cuando empezaron la administración el choque fue fuerte, porque antes de la llegada de Benposta era la comunidad la que manejaba el centro y sin importar que fuera un caos decían que era de ellos, y temían que el cambio iba a implicar botar todo el personal, que iban a llegar a “¡mandar, así!, como si la filosofía de Benposta no partiera de la democracia”, comenta la coordinadora. Luego, poco a poco, se dieron cuenta de que era otro el estilo de trabajo que comenzaba y ahora hay padres y madres vinculados y comprometidos con el esfuerzo. Algunas mujeres del barrio colaboran con los niños de uno o dos años de la guardería, dándoles la comida, ayudándolos a dormir, mientras los hombres construyen un kiosco de palma, un lugar más fresco, para ampliar el espacio.

Algo marcó la visión de Martha, la coordinadora, sobre el papel de Benposta en el barrio: la historia de un muchacho que estaba hundido en el mundo de la droga y de las bandas que atracan en el barrio. A menudo, merodeaba la sede atraído por los tambores: “la percusión es un gancho que llama a los jóvenes de un modo más fuerte que cualquier idea”. Todos los días iba, se asomaba, daba vueltas en torno de los músicos, y era evidente que quería estar ahí, pero nunca decía nada. Un día, Martha, que ya lo tenía bien identificado, le dijo:

—¿Te interesa?— Alcanzó a dudar si formularle o no la pregunta porque la sede adelanta un trabajo fuerte de prevención, pero no maneja tratamientos para salir de la adicción.

—Sí, seño<sup>15</sup>... ¿yo no puedo entrar al grupo de jóvenes?— Él sabía que para aprender percusión debía vincularse a un grupo formativo.

—Claro, ¿quieres?— le respondió Martha.

El dijo “sí” y ese sí fue “una cosa grandísima”, porque durante esa semana comenzó a dar un viraje en sus actitudes y la coordinadora sintió hasta qué punto estaba acercándose a una alternativa. Una semana después mataron en el Robinson Pitalúa a tres muchachos y entre ellos cayó él. Fue doloroso, como si segaran de un tajo la promesa de algo hermoso y naciente, pero ella sintió el alivio de haberle hecho distintos los siete últimos días de su vida. “¿Qué tal que yo le hubiera dicho: «No puedes entrar»? Hubiera sido como si lo hubiera matado yo...”.

Después hubo una experiencia distinta con un muchacho “que también estaba en la droga” y comenzó a asistir a las reuniones formativas para hacer parte del

---

<sup>15</sup> Modismo para decir “señorita”.

grupo de percusión, pero un día no volvió. La coordinadora lo notó como al mes, cuando vio que no entraba a la clase de tambor y lo observó parado y quieto, allá afuera de la sede. Pensó que se le había hecho tarde. Se acercó a hablarle y al fin él le confesó que no había vuelto pues se aburría en las reuniones, sobre todo porque no le gustaban las dinámicas y había preferido no volver a la percusión. Ella se quedó pensando, porque la norma es ésa. Hubo una pausa y en ese segundo le pareció ver el rostro de los últimos días del muchacho que había muerto y le cruzó el panorama del barrio donde por falta de plata hay cantidades de jóvenes que no estudian y tampoco consiguen trabajo... Tomó una decisión instantánea y le dijo que hablaría con el mantenedor y con el profesor de percusión para que asistiera a las reuniones, pero lo eximieran de participar en las dinámicas. Así podría tomar de nuevo las clases de percusión.

—¿De verdad seño, puedo hacer así?

Así lo hicieron y en él algo distinto ha comenzado a fortalecerse. Empezó a trabajar en el mercado vendiendo fruta y verdura y ahora trae dinero para la casa, y participa no sólo en percusión, sino en otras actividades con los demás.

Ese aprendizaje que lleva a flexibilizar las reglas a veces se cumple en otros órdenes: por ejemplo, acaban de incluir cinco niños más grandecitos en el almuerzo al que sólo tienen derecho los de la guardería. No es fácil saber qué hacer, cuando algunos de los mayores los miran en el comedor y preguntan: "¿No será que podemos almorzar? Es que en la casa a veces no hay". Es algo que "marca hondo" y mueve adentro la necesidad de luchar porque sea posible ampliar la cobertura que dan en alimentación para los niños.

De todos modos, saber que a veces la sede abre una puerta en una vida es suficiente mientras tanto. Y tal vez, el camino para los pequeñitos que hacen parte de los semilleros, que han aprendido a no morderse, a disculparse, sea distinto. "Yo siento mucha...esperanza", concluye Martha.

Cuando Luz Elena soñaba en fundar la sede con la premura de sentir que las urgencias de la gente no daban espera, creía que bastaba estar allá, en los comienzos de Cantaclaro para evitar que llegaran a la drogadicción, o a las pandillas; ahora sabe que es casi imposible eliminar del todo esas sombras que acechan en las duras condiciones en las cuales crecen los adolescentes. *Nosotros hemos tenido muchachos que se nos han escapado de la red: nos los han arrebatado las pandillas, la droga, la guerra, la muerte violenta y todo eso nos duele. Llega un momento en que tienes que ser consciente de que no eres la panacea de todo, aunque hasta donde podemos hacemos lo imposible para que un muchacho no se pierda así.*

Hay jóvenes, de una misma familia, que toman opciones distintas. Algunos se van y luego acaban "por ahí, mal", sin que importe cuánto esfuerzo se ha puesto en convencerlos de que persistan en el empeño de salir adelante; otros, en cambio, llegan y se integran con una gana y un entusiasmo que supera lo

esperado. La clave está en que los muchachos que han logrado una estabilidad en sus vidas, se comprometan con fuerza en la creación de proyectos para otros jóvenes. “Las ideas así no se mueren, siempre que tengan una oportunidad de realizarlas, pero deben partir de ellos”, afirma Luz Elena.

*Las cuestiones son muy complejas y exigen una continua flexibilidad. A veces tal vez hemos sido demasiado flexibles con los muchachos, pero hay experiencias que nos han marcado ese camino. Por ejemplo, está la historia de el alcalde que hoy dirige la comunidad de Benposta en Cantacclaro: hace ocho años era un parásito, sí, una oveja descarriada, era terrible, y estaba en la dirección de convertirse en un delincuente, en un desadaptado; sin embargo, entró en la comunidad. No fue fácil: nos costó, varias veces lo expulsamos, lo sacábamos, volvía, teníamos paciencia y de nuevo recomenzábamos... En este momento es una persona líder y es alguien que defiende a la comunidad y a Benposta como a su vida, sí. Y hoy yo tengo la tranquilidad que no tenía hace cinco años de poder decir que si me quiero ir a otro lado, ya he dejado una semilla que puede crecer y fructificar sin mí.*

*Lo que ahora tenemos en cada punto de trabajo en Córdoba es un sueño con el que partimos de Villavicencio y que concretaron las muchachas que salieron de aquí y ayudaron a formar a los jóvenes que ahora dirigen y coordinan los proyectos. A ningún niño le regalamos nada. Lo que reciben se lo ganan: participando o aportando, comprometiéndose, solidarizándose con los otros...*

Cuando Luz Elena piensa en cada una de las sedes no oculta el orgullo que le da saber que todo este trabajo fue sembrado por un grupo de mujeres. *Este mundo lo construimos las mujeres, aunque también han participado los hombres. Cuando me pongo a hacer el inventario de todo lo que hacemos desde Benposta me parece como una locura por todo ese correr de un lado a otro: que vaya para Puerto Libertador, que vaya para Tierra Alta, que vaya para Casa Finca o Nuevo Horizonte, que vaya para el CICAN, que venga que la Esperanza, que corra a Cantacclaro... Pero donde vemos —dice Luz Elena— que hay empeño en la gente, que hay sueños, ganas de hacer las cosas, nos le medimos a la apuesta de aportar algo al país.*

En todo caso, si hay más de mil muchachos y muchachas que están formándose para ayudar a reconstruirlo, y aprenden a aferrarse a esa salvaje esperanza que tiene raíces de piedra en el alma de Luz Elena, fue porque un día, esta “mujer entera”, como dirían los indígenas del país, capaz de “llegar lejos”, como auguraba su abuelo, salió con un grupo de jovencitas, que no sobrepasaban los quince años —movida por el sueño de un sacerdote que buscaba una tierra tierna para los más débiles y pequeños— y juntas sembraron más que una posibilidad: fundaron un mundo que hoy multiplica sus ramificaciones en las tierras de Córdoba.

